

AKAL
HISTORIA
DEL MUNDO
ANTIGVO

23

GRECIA

GRIEGOS Y PERSAS
EN EL EGEO



AKAL

HISTORIA

DEL MUNDO

ANTIGVO

ORIENTE

1. A. Caballos-J. M. Serrano, *Sumer y Akkad.*
2. J. Urruela, *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. C. G. Wagner, *Babilonia.*
4. J. Urruela, *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. P. Sáez, *Los hititas.*
6. F. Presedo, *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. J. Alvar, *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. C. G. Wagner, *Asiria y su imperio.*
9. C. G. Wagner, *Los fenicios.*
10. J. M. Blázquez, *Los hebreos.*
11. F. Presedo, *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saíta.*
12. F. Presedo, J. M. Serrano, *La religión egipcia.*
13. J. Alvar, *Los persas.*

GRECIA

14. J. C. Bermejo, *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. A. Lozano, *La Edad Oscura.*
16. J. C. Bermejo, *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. A. Lozano, *La colonización griega.*
18. J. J. Sayas, *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. R. López Melero, *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. R. López Melero, *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. R. López Melero, *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. D. Plácido, *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. M. Picazo, *Griegos y persas en el Egeo.*
24. D. Plácido, *La Pentecontecia.*

Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

25. J. Fernández Nieto, *La guerra del Peloponeso.*
26. J. Fernández Nieto, *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. D. Plácido, *La civilización griega en la época clásica.*
28. J. Fernández Nieto, V. Alonso, *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. J. Fernández Nieto, *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. M. A. Rabanal, *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. A. Lozano, *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. A. Lozano, *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. A. Lozano, *Asia Menor helenística.*
34. M. A. Rabanal, *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. A. Piñero, *La civilización helenística.*
36. J. Martínez-Pinna, *El pueblo etrusco.*
37. J. Martínez-Pinna, *La Roma primitiva.*
38. S. Montero, J. Martínez-Pinna, *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. S. Montero, J. Martínez-Pinna, *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. G. Fatás, *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. F. Marco, *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. J. F. Rodríguez Neila, *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. M.^a L. Sánchez León, *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. C. González Román, *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. J. M. Roldán, *Instituciones políticas de la República romana.*
46. S. Montero, *La religión romana antigua.*
47. J. Mangas, *Augusto.*
48. J. Mangas, F. J. Lomas, *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. F. J. Lomas, *Los Flavios.*
50. G. Chic, *La dinastía de los Antoninos.*
51. U. Espinosa, *Los Severos.*
52. J. Fernández Ubiña, *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. J. Muñoz Coello, *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. J. M. Blázquez, *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. J. M. Blázquez, *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. J. Mangas-R. Cid, *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. J. M. Santero, F. Gascó, *El cristianismo primitivo.*
58. G. Bravo, *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. F. Bajo, *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. R. Sanz, *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. R. Teja, *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. D. Pérez Sánchez, *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. G. Bravo, *El colonato bajoimperial.*
64. G. Bravo, *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. A. Giménez de Garnica, *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*

ROMA

AKAL
HISTORIA
DEL MUNDO
ANTIGVO

GRECIA

Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés

(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

© **Ediciones Akal, S.A.**, 1989

Los Berrocales del Jarama

Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz

Madrid - España

Tels.: 656 56 11 - 656 49 11

Depósito Legal: M.17.138-1989

ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)

ISBN: 84-7600-387-0 (Tomo XXIII)

Impreso en GREFOL, S.A.

Pol. II - La Fuensanta

Móstoles (Madrid)

Printed in Spain

GRIEGOS Y PERSAS EN EL EGEO

M. Picazo



Índice

	<i><u>Págs.</u></i>
I. Relaciones entre la Grecia Oriental y Anatolia durante el periodo Arcaico	7
1. Precedentes	7
2. Frigia y Lidia	10
3. Lidia en las fuentes griegas	12
4. Las ciudades grecoorientales durante el arcaísmo	13
5. La organización política de las ciudades grecoorientales según las fuentes ..	16
II. Los persas en el Egeo: C. 546-479 a.c.	18
1. Los persas en Anatolia	18
2. Los jonios bajo el dominio persa	20
3. La rebelión jonia	25
4. La batalla de Maratón	26
5. De Maratón a la expedición de Jerjes	29
6. La Gran Guerra	34
7. La cuestión de Siracusa y la invasión púnica	42
III. Las consecuencias de las Guerras Médicas	45
1. Las Guerras Médicas en la tradición griega	45
2. Valoración de las consecuencias de las Guerras Médicas para el mundo griego	46
3. La Grecia Oriental durante el período clásico	48
Bibliografía	54

I. Relaciones entre la Grecia Oriental y Anatolia durante el período Arcaico

1. Precedentes

Los primeros tiempos de la ocupación griega de la costa occidental de Asia Menor han sido estudiados con la ayuda de una información procedente de fuentes muy diversas y, en general, poco fiables.

Las noticias literarias dispersas, desde Herodoto (s. V a.C.) hasta Esteban de Bizancio (s. VI d.C.), inciden sobre todo en la etapa de las migraciones postmicénicas y proporcionan un esquema simplificado de movimientos de gentes, en ocasiones con evidentes referencias a nexos políticos o culturales de época posterior. De ahí, por ejemplo, el debate provocado entre los historiadores por la supuesta primacía de Atenas en la migración a la Jonia, hecho que algunos consideran una creación propagandística de la etapa de hegemonía ateniense en el Egeo a lo largo del siglo V a.C.

El esquematismo de las fuentes escritas hace referencia a un período de perturbaciones y de movimientos de gentes a ambos lados del mar Egeo en diversas oleadas: emigrantes de dialecto colio en el Norte de la costa Occidental del Asia Menor, jonios en el área central y dorios en la región Sudoriental. Para reforzar la idea de las conexiones entre estas diferentes oleadas de migración y las poblacio-

nes de la Grecia continental, se han efectuado estudios sobre cultos e instituciones de época arcaica y clásica y se ha intentado buscar las raíces comunes. En este sentido ha jugado un papel muy importante la dialectología del griego histórico.

En cuanto a la evidencia arqueológica, nuestro conocimiento está limitado por la escasez de excavaciones. La mejor información procede de Esmirna, donde los primeros niveles griegos se remontan, según los excavadores, al 1000 a.C., con la aparición de una cerámica de estilo protogeométrico. Al siglo X a.C. corresponde una pequeña vivienda oval de paredes de adobe que constituye, hasta el momento, la más antigua estructura doméstica «griega» de la región. (Cook, J.M., 1958-1951 y Nicholls, R.V., 1958-1959: pp. 1-137).

En Mileto, donde había existido un asentamiento micénico durante el HR III C, se produjo, tras un intervalo de duración todavía indeterminada, una nueva ocupación a lo largo de los primeros tiempos del período Protogeométrico (1050-900 a.C.). (Kleiner, G., 1968).

De todos modos, nuestra información resulta todavía demasiado escasa para intentar reconstruir, a partir de la evidencia material, la fase final del Bronce Reciente en la costa Occiden-



**Estatuilla de bronce de
un flautista**
(Comienzos del siglo V a.C.)

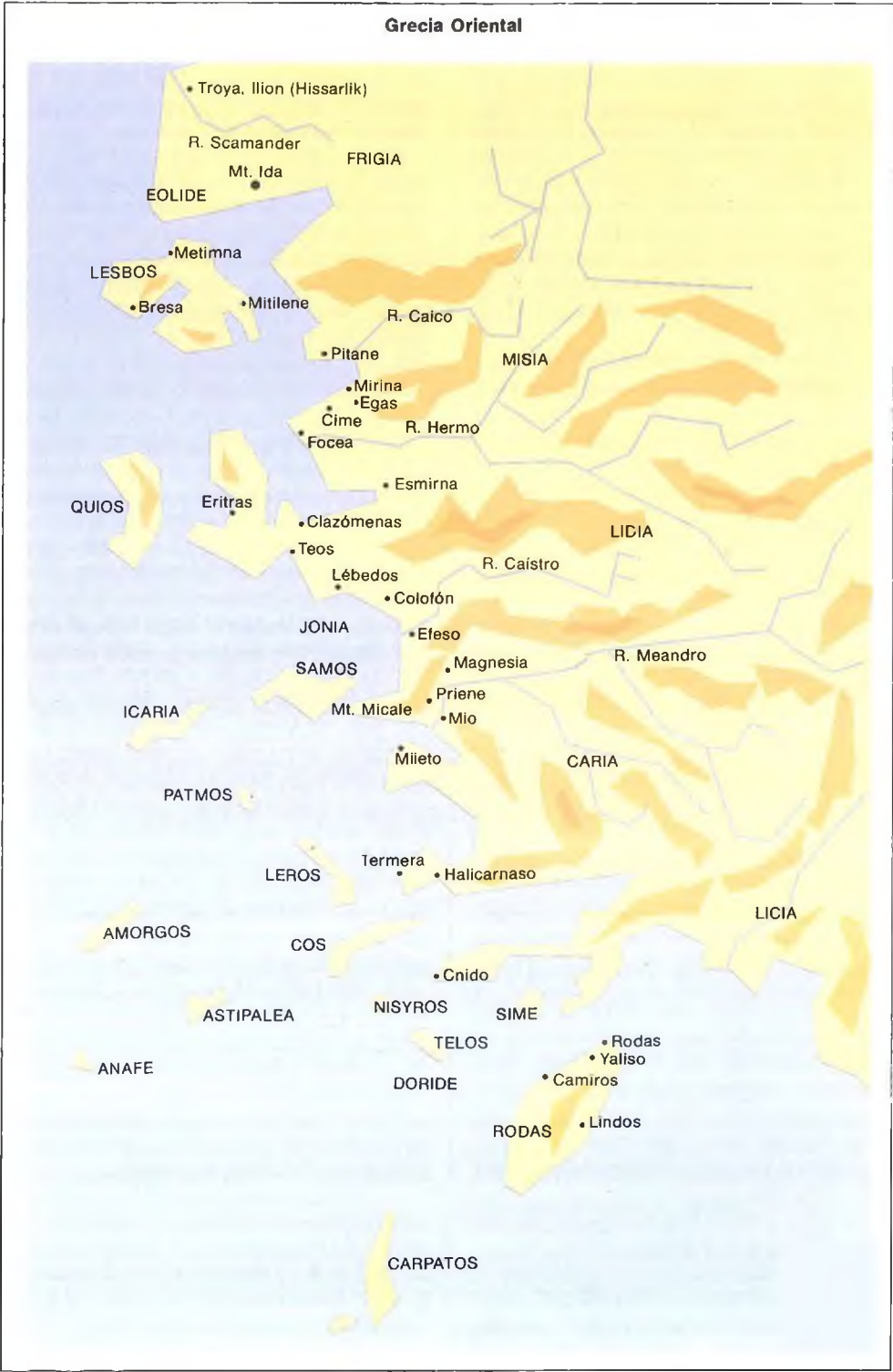
tal de Anatolia (con el problema de la expansión de la influencia micénica) y, aún menos, la etapa inmediata post-micénica.

Algunos autores (Cook, J.M., 1982: pp. 752-53) han planteado, en recientes publicaciones, la posibilidad de que uno de los patrones de asentamiento de los primeros pobladores griegos, a principios del I milenio, fuera del tipo *Herrenburger*, fortalezas en las que podía residir una familia noble con sus dependientes, dominando un territorio más o menos extenso. La hipótesis se ha desarrollado a partir del estudio de algunos yacimientos, como el de Melia (Kale Tepe), asentamiento fortificado con enterramientos protogeométricos, y de una serie de inscripciones tardías de Teos, en las que se mencionan *pyrgoi* (torres) en conexión con nombres de familias nobles. Las torres han sido interpretadas, a su vez, como un recuerdo de la partición original de la tierra (Cook, J.M., 1982: p. 752).

La citada hipótesis está lejos de haber sido contrastada satisfactoriamente, pero señala uno de los aspectos que los investigadores deberán estudiar cuando aumenten las excavaciones de los asentamientos correspondientes a esta fase.

Referente a las poblaciones indígenas, a comienzos de la Edad del Hierro no existía en la Anatolia Occidental ninguna formación estatal fuerte tras la desaparición del imperio hitita. La tradición literaria griega refleja un panorama variado respecto a las relaciones greco-anatolias de la época de las migraciones, desde la obtención de tratados o acuerdos hasta la expulsión violenta o el sometimiento de los indígenas. Las noticias de las fuentes, en general, aparecen expuestas en historias coloristas, como la del juramento de las mujeres milesias de no comer con sus esposos ni dirigirse a ellos por su nombre (Jeffery, L.H., 1976: p. 208), cuyo origen se hallaba en una narración del tipo del «Rapto de las

Grecia Oriental



Sabinas» situada en el período de la fundación.

Muchos estudiosos suponen que algunas ciudades jonias —Colofón, Priene, Magnesia o incluso la propia Mileto— tenían sometida a la población nativa bajo un régimen de servidumbre comunitaria. Sin embargo, la evidencia literaria resulta confusa y no nos permite llegar a conclusiones definitivas sobre el tema de las relaciones entre griegos e indígenas (Cook, J.M., 1982: p. 750).

De hecho, una serie de prospecciones efectuadas en la región cercana a Halicarnaso han revelado la existencia de un modelo de asentamiento indígena notablemente distinto al de las comunidades griegas. La población indígena de este territorio estaba constituida por los léleges, según diversas fuentes. W. Radt investigó un área de unos 80 km² en la que aparecieron unos doscientos yacimientos arqueológicos, los más antiguos de los cuales pertenecían a la Edad Oscura. La mayor parte eran casas aisladas, no obstante también había fortalezas y un asentamiento central en Gökçeler, cerca de Halicarnaso. Radt cree que puede hablarse de una autoridad centralizada en el territorio lélege, cuyos habitantes poseían una economía fundamentalmente ganadera. Sus relaciones con los asentamientos griegos costeros parecen haber sido pacíficas y, sorprendentemente, de escasa influencia mutua (Radt, W., 1970). Los trabajos de Radt muestran las posibilidades de estudios semejantes en la región costera de Asia Menor, que podrán conseguir, en el futuro, una representación más ajustada de las relaciones entre los asentamientos griegos y las poblaciones del interior de Anatolia.

2. Frigia y Lidia

Durante los siglos VIII-VII a.C., dos aspectos del desarrollo de las comunidades anatólicas centran el interés del

tema que nos ocupa: la aparición de formaciones estatales expansionistas en la Anatolia central y Occidental y la expansión y evolución de los asentamientos griegos de la costa.

En la última parte del siglo VIII, el reino de Frigia controlaba la Anatolia central desde la Propóntide hasta el río Halis. Respecto a los territorios de las comunidades grecoorientales, lo más probable es que sólo limitaran con el reino frigio en el área Noroccidental, concretamente en la zona de la Tróade. La expansión frigia se dirigía hacia el Este y el Sudeste, donde chocó con los intereses asirios. La capital frigia era Gordion que ha sido excavada en época reciente y ha proporcionado una gran cantidad de información, entre otros aspectos, sobre las relaciones grecofrigias.

Los griegos recordaban la etapa de esplendor de Frigia, a finales del siglo VIII a.C., en la figura de Midas, el rey que transformaba en oro todo lo que tocaba y que, según algunas fuentes (Arist. fr. 611.37) se casó con una hija del rey de Cime. Los hallazgos de Gordion, tanto en la ciudad como en los enterramientos en túmulo, muestran una cultura material muy rica en diversos aspectos, como la arquitectura y el trabajo del bronce, superior técnicamente a la de la Grecia Oriental contemporánea (Barnett, R.D., 1975: pp. 417 y sigs. y Young, 1975).

Diversos tipos de objetos de bronce, tales como fibulas de arco simétrico y cuencos con asas de anillo, eran creaciones frigias ampliamente imitadas en el área griega oriental (Coldstream, J.N., 1977: p. 266).

Por su parte, los frigios tomaron, a mediados del siglo VIII, el alfabeto griego para su propia lengua.

A principios del siglo VII, Gordion fue destruida por un incendio que provocó el abandono de la ciudadela principal. Esta destrucción se ha puesto en relación con la invasión de los cimerios procedentes del Norte y del Este y es mencionada en varias fuen-

tes antiguas. En todo caso, en las primeras décadas del siglo, Frigia se debilitó y parte de sus antiguos territorios pasaron a formar parte del reino de Lidia, cuya capital, Sardes, distaba sólo 90 km. de la antigua Esmirna.

El núcleo original de Lidia lo constituía el valle medio del Hermo, sin embargo, a mediados del siglo VI, llegó a abarcar la península anatólica hasta el río Halis, incluyendo gran parte de las ciudades griegas costeras y de las islas adyacentes. Entre los griegos orientales y el territorio lidio existieron contactos quizás desde el siglo XI a.C. En los niveles inferiores de Sardes apareció una pequeña cantidad de fragmentos de vasos que los excavadores consideraron de tipo micénico tardío y protogeométrico (Basor 186, 1967: pp. 34 y sigs. y Desborough, V.R. d'A., 1972: p. 184). En todo caso, los objetos de procedencia griega en territorio lidio únicamente se hicieron frecuentes a partir del siglo VII.

La Lidia arcaica es bastante mal conocida desde el punto de vista arqueológico y las fuentes escritas no proporcionan información sobre el proceso que condujo a la etapa expansionista del reino lidio en los siglos VII-VI a.C., durante los cuales las relaciones grecolidias fueron intensas y de órdenes distintos.

Tradicionalmente, los estados anatólicos centrados en la Capadocia y la Anatolia Occidental no habían mostrado interés por la costa egea. En cambio, a partir del siglo VII y hasta la conquista persa, el poder dominante en Asia Menor se centraba en un estado situado geográficamente cerca de la costa Occidental, con posibilidades e interés por controlar las rutas hacia las comunidades grecoorientales.

Los lidios atacaron y tomaron algunas ciudades jónicas durante su época de expansión. Las excavaciones inglesas llevadas a cabo en Esmirna proporcionan evidencia de una destrucción a finales del siglo VII, cuando la

ciudad, rodeada de una espesa muralla de adobes sobre basamento de piedra, gozaba de una notable prosperidad. Las excavaciones permitieron detectar los restos de un gran montículo formado por tierra y materiales de construcción y adosado a la muralla, cuya función, al parecer, se relaciona con su utilización por parte de los atacantes (probablemente lidios) durante el asedio de la ciudad, que fue completamente destruida y saqueada (Cook, J.M., 1948-51 y Nicholls, R.V., 1958-59: pp. 1-137).

Aunque no tenemos un conocimiento completo de los asentamientos lidios de la etapa de expansión, ni siquiera de la capital —Sardes—, los materiales conocidos, dispersos en diversos museos y procedentes de excavaciones no sistemáticas sino de hallazgos casuales, muestran que la influencia griega y, sobre todo, grecooriental fue creciente durante el periodo.

Referente a la cerámica, aparte de los talleres de tipo local, aparece un nuevo estilo, «Wild Goat», imitado de los vasos orientalistas de Rodas y Jonia. Por otra parte, la influencia griega en las técnicas y los motivos relacionados con el campo de la orfebrería, la talla del marfil y la escultura y el bajorrelieve ha hecho pensar a algunos estudiosos en la posible presencia de artesanos griegos en la propia Lidia (Boardman, J., 1980: pp. 98-99). Cabe destacar también que el alfabeto lidio, como ya hemos advertido anteriormente, fue adoptado del griego, a mediados del siglo VII aproximadamente.

Una consecuencia importante de las relaciones grecolidias, según las fuentes escritas (Hdt. I, 94), fue la aparición de la moneda. Las primeras acuñaciones se remontan seguramente al último cuarto del siglo VII y eran de «electrum», metal que podía obtenerse en Lidia. Los ejemplares más antiguos conocidos hasta hoy proceden de un depósito del templo de Artemis en Éfeso (Boardman, J., 1980: p. 101).

La influencia lidia sobre las ciudades griegas también fue importante en otros terrenos, como la música y la religión (por ejemplo el culto de Cibeles).

3. Lidia en las fuentes griegas

Los griegos y, sobre todo, los jonios parecen haber tenido una imagen impresionante de la riqueza lidia. Las menciones más antiguas en la literatura griega aparecen en la poesía lírica arcaica griega, en la que se insiste con frecuencia en el lujo, la riqueza y la sofisticación de los lidios y especialmente de Sardes, su capital (Por ejemplo, Safo [152 D], Jenófanes [3 D], Alcman [3 D]). Pero la narración más extensa sobre la Lidia arcaica procede de Heródoto, que se refiere a una primera dinastía real lidia, los Heráclidas, cuyo reinado se mantuvo durante 500 años, hasta que Giges destronó al último rey y fundó la dinastía Mermnada. Cabe destacar que los estudiosos sitúan actualmente el reinado de Giges en el 680 a.C.

Heródoto destaca que de entre todos los bárbaros Giges fue el primero, después de Midas, que dedicó ofrendas en el santuario de Delfos, costumbre que seguirían sus sucesores, en especial el último de ellos, Creso, el cual donó en varias ocasiones objetos de metales preciosos a diversos santuarios griegos, entre ellos un león de oro sobre lingotes de oro y «electrum», que el historiador dice haber visto en su época en el Tesoro de los Corintios de Delfos.

En Hdt. 1,14 leemos también que Giges fue el primer rey lidio que mostró una política agresiva respecto a las ciudades griegas, atacando Esmirna y Mileto y capturando Colofón. Añade Heródoto que los sucesores inmediatos de Giges, Ardis y Sadiates, lucharon contra los restos de la invasión cimera y los medos y dirigieron expe-

diciones de castigo contra la Jonia meridional. Pero hasta el reinado de Creso (560-546) los ataques lidios son descritos como un medio de evitar la penetración griega hacia el interior más que como una conquista organizada. En cambio Creso, a quien las fuentes griegas tratan con indudable simpatía, llevó a cabo, según Heródoto, la sumisión de los jonios, dorios y eolios de la costa e incluso planeó la conquista de las islas adyacentes. El tono colorista y anecdótico del historiador griego nos presenta a Creso como una especie de patrón y mecenas de los griegos de Asia, visitado en su corte por famosos legisladores como Solón.

Sobre las características del dominio lidio sobre las ciudades griegas, Heródoto sólo menciona la obligación de pagar un tributo.

4. Las ciudades grecoorientales durante el arcaísmo

Las comunidades griegas en la costa occidental de Anatolia estaban situadas, generalmente, en bahías con pequeñas llanuras costeras, en emplazamientos dotados de recursos naturales que normalmente les aseguraban un alto grado de autosuficiencia. Las islas adyacentes a la costa son montañosas y con pocos recursos de agua. De modo que desde un momento antiguo, quizás ya desde la Edad Oscura, los isleños comenzaron a anexionarse tierras cultivables de la costa anatolia. A partir del s. VIII se inicia para las comunidades grecoorientales una etapa de expansión cuyas características generales están lejos de ser bien conocidas.

Los estudios sobre Grecia en los s. VIII-VII han proliferado en los últimos años y se ha revalorizado el «Renacimiento» griego como la etapa crucial en la aparición de la polis (J.N.

Coldstream, 1977: pp. 109 ss). Se han planteado diversas hipótesis sobre las causas del surgimiento de esta nueva concepción de estado, a partir de la información arqueológica apoyada en mayor o menor medida por las fuentes escritas. Un número importante de estudiosos reconoce como fenómeno generalizado en el mundo Egeo del s. VIII un notable aumento demográfico que para algunos tendría

su origen en un fundamental cambio económico desde una actividad esencialmente pastoril en los siglos oscuros a un aumento creciente de la agricultura desde el s. IX y, sobre todo, a lo largo del VIII (A. Snodgrass, 1980: p. 36). De este modo, en poco tiempo nuevos territorios, abandonados y poco explotados desde el final del período micénico habrían empezado a cultivarse al tiempo que



**Bajorrelieve funerario hallado en
Cabo Sunion, Ática
(Hacia 480-470 a.C.)
Museo Nacional de Atenas**

aumentaba la presión demográfica. Se ha señalado que esta dinámica habría llevado a la aparición de tensiones entre comunidades vecinas por motivos territoriales que provocarían conflictos armados y a la larga, la consolidación de los conceptos de territorio, fronteras y por extensión de *polis* (F. de Polignac, 1984: p. 59).

El problema de estos modelos explicativos es que carecen de la suficiente contrastación. Para las ciudades de Asia Menor las dificultades son mayores puesto que normalmente las hipótesis sobre el nacimiento de la *polis* se han basado en la evidencia de la Grecia continental, si bien se ha tendido a aplicar mecánicamente las mismas explicaciones a todas las comunidades griegas del alto arcaísmo.

En cuanto a las fuentes de información, desde el punto de vista literario, la más importante es sin duda Heródoto. Pero si bien las ciudades greco-orientales constituyen uno de los escenarios principales de su relato, hay que señalar que el principal interés del historiador es narrar los acontecimientos de la Jonia que llevaron a las guerras médicas. De manera que no nos ofrece una historia continua de las ciudades griegas de Asia Menor. Autores posteriores ofrecen retazos de información no excesivamente importantes y desde el punto de vista epigráfico, las inscripciones contemporáneas son muy escasas.

La evidencia material es más abundante y tiende, lógicamente, a aumentar pero también presenta dificultades. No existen asentamientos arcaicos totalmente excavados en toda la región y los estudios arqueológicos se han concentrado generalmente en la clasificación de los diversos tipos de objetos: joyas, esculturas, terracotas, bronce, y, sobre todo, vasos.

Un aspecto interesante, fruto de las excavaciones en Mileto y la antigua

La riqueza de los reyes lidios, en la tradición griega

La familia de los Alcmeónidas, si bien desde mucho tiempo atrás era ya distinguida en Atenas, se hizo notablemente más ilustre en la persona de Alcmeón, no menos que en la de Megacles. El caso fue que cuando los lidios de parte de Creso fueron enviados de Sardes a Delfos para consultar aquel oráculo, no sólo les sirvió cuanto pudo Alcmeón, hijo de Megacles, sino que se esmeró particularmente en agasajarles. Informado Creso por los lidios que habían hecho aquella misión de cuán bien por su respeto había obrado con ellos Alcmeón, convidóle a que viniera a Sardes y llegado, le ofreció de regalo tanto oro cuanto de una vez pudiese cargar y llevar encima. Para poderse aprovechar mejor de lo grandioso de la oferta, fue Alcmeón a disfrutarla en este traje: púsose una gran túnica, cuyo seno hizo que prestase mucho dejándolo bien ancho, calzóse unos coturnos los más holgados y capaces que hallar pudo y así vestido se fue al tesoro real, a donde se le conducía. Lo primero que hizo allí fue dejarse caer encima de un montón de oro en polvo y henchir hasta las pantorrillas aquellos sus borceguíes de cuanto oro en ellos cupo. Llenó después de oro todo el seno, empolvóse con oro todo el cabello de su cabeza; llenóse de oro, asimismo, toda la boca; cargado así de oro iba saliendo del erario... hecho todo él un cubo. Al verle así Creso no pudo contener la risa y no sólo le dio todo el oro que consigo llevaba, sino que le hizo otros presentes de no menor cuantía, con lo cual quedó muy enriquecida aquella casa y el mismo Alcmeón que pudo conducir una cuadriga y fue vencedor en los Juegos Olímpicos.

(Heródoto, 6,125)

Esmirna, es el reconocimiento de un urbanismo regular antiguo. En el s. VII, Esmirna presentaba un entramado de calles paralelas, con casas de planta rectangular y regularmente construidas. Lo mismo parece haber sucedido en la Mileto anterior a la destrucción del 494 a.C. (Cook, J.M., 1982: pp. 202-3).

Los trabajos arqueológicos en Mileto y Esmirna, y otros pocos asentamientos (Emborio en Quíos y Vroulia en Rodas) han permitido conocer algo de las estructuras domésticas durante el período arcaico. También se conocen aspectos parciales de la arquitectura en edificios públicos y religiosos, empezando por el famoso Hecatómpedon samio, el primer templo conocido que presenta la longitud canónica de 100 pies y cuya construcción se remonta a c. 800 a.C.

En la cerámica, durante el s. VIII, se ha puesto de relieve la existencia de un estilo Grecooriental Geométrico Reciente, que con variantes locales, muestra un notable grado de uniformidad a partir de un núcleo originario, probablemente la isla de Rodas (N. Coldstream, 1983: pp. 21-2). A partir de c. 700 a.C. encontramos vasos de tipo orientalizador, los conocidos cuencos de pájaros y rosetas, en versiones locales, pero bastante semejantes en toda la costa de Asia Menor. Desde mediados del s. VII el estilo «Wild Goat» se desarrolló ampliamente en toda la Grecia oriental e incluso en el interior de Anatolia. Tanto la cerámica como otras manifestaciones del artesanado jonio (objetos de metal, marfiles, sarcófagos de terracota, esculturas, etc.) se han analizado fundamentalmente en dos sentidos:

Para descubrir posibles rutas comerciales y coloniales.

Como pruebas del gusto y sentido de la forma peculiarmente grecoorientales.

En líneas generales, se tiende a considerar que los griegos orientales en

comparación por ejemplo con los jónicos, iniciaron tarde la actividad comercial y colonial por vía marítima. Como consecuencia, la influencia orientalizador en Asia Menor fue más tardía que en Grecia y lo mismo sucedió con la colonización jónica que se inició en el s. VII a.C. en dos zonas principalmente: el N.E. y el Extremo Occidente. Mileto fue metrópolis de más de una veintena de fundaciones entre el Helesponto y la costa Occidental del Mar Negro. En el Extremo Occidente la iniciativa corrió a cargo de una pequeña ciudad del N. de Jonia, Focea, que hizo de Masalia el núcleo central de una próspera área de expansión colonial. Por otra parte el comercio grecooriental experimentó un notable desarrollo a lo largo del s. VII: en Naucratis, en cuya fundación según Heródoto (2,178) participaron Quíos, Teos, Focea, Clazómenas, Rodas, Cnido, Halicarnaso, Fasélida y Mitilene; en Tarso y en Al Mina donde a partir del s. VII predomina la cerámica grecooriental; en Libia. Puede decirse, en términos generales, que durante este siglo, asistimos a la formación de una *koiné* comercial y en cierto modo artística de la Grecia del Este, lo cual no implica la existencia de una política conjunta, ni tan sólo en el sentido de una Liga Panjonia. Heródoto (1.142-3) insiste en que la dodecápolis jónica tenía un santuario común en el Panjonio, situado en la ladera norte del monte Micala. Excavaciones recientes no han proporcionado evidencia de estructuras del período arcaico y de momento la hipótesis de una federación de comunidades jónicas desde la Edad Oscura no tiene confirmación (Cook, J.M., 1982: pp. 749 s). Sin duda las ciudades grecoorientales aumentaron notablemente sus actividades económicas a lo largo del s. VII lo cual tuvo consecuencias de diverso orden para una región que iba a ser escenario de un extraordinario desarrollo cultural durante la primera mitad del s. VI.

5. La organización política de las ciudades grecoorientales, según las fuentes

Las fuentes antiguas mencionan la existencia de monarquías en la época de las migraciones. En algunos lugares, como Efeso y Eritras perduraban en el s. VII familias con el nombre de *Basilidae*, que conservaban un gran prestigio. Todavía en época romana, se elegía entre los *Basilidae* de Efeso a un *basileus* para una magistratura llamada «la monarquía de los jonios» que comportaba ciertos privilegios (Kleiner et al., 1967: pp. 45 ss.). Noticias dispersas de autores generalmente tardíos, mencionan la existencia de tensiones y luchas internas en algunas ciudades grecoorientales. Se trata en ocasiones de enfrentamientos entre grandes familias; seguramente podríamos describir de esta manera los sucesos de Eritras, probablemente del s. VII, entre los llamados «tiranos»: Ortiges, Iros y Ecaros y la antigua familia de los *Basilidae* (Hippias Erythr. FGrH 421 F1; Arist. Pol. 1305 b.). Otras veces no parece claro si los grupos enfrentados corresponderían a categorías sociales más amplias como las luchas en Mileto entre dos grupos políticos que autores tardíos llaman *Ploutis* y *Cheiromacha* («riqueza» y quizás «que combaten o trabajan con las manos») (Hdt. 5,28-9). En todo caso no sabemos casi nada de las categorías sociales existentes. De la evidencia literaria parece clara la existencia de tiranos, es decir autócratas que generalmente llegaban al poder unipersonal por la violencia, en muchas comunidades grecoorientales desde la última parte del s. VII. En lo que respecta a nuestro tema el interés se centra en la opinión de diversos estudiosos acerca de la influencia que la amenaza lidia primero y posteriormente la conquista persa tuvieron no tanto en



Lecito ático de figuras negras
(Hacia el 500 a.C.)
Museo Nacional de Atenas

la aparición de la tiranía en la Grecia Oriental como en su ulterior desarrollo (D.G. Hogart, 1925: pp. 514 ss. A. Andrewes, 1956: pp. 117). La tensión creada por la presión exterior habría producido en las ciudades griegas la necesidad de un gobierno fuerte. Una noticia de Aristóteles (Pol.1285 a) se refiere a Pítaco de Mitilene que fue elegido por la ciudad como una especie de dictador (*aisymnétes*) para enfrentarse al peligro que representaban una serie de exilados que estaban apoyados por los lidios. Pero también se habla de «instituciones democráticas» de Quíos. Una inscripción quiota de c. 575-574 menciona la existencia de un consejo del demos que tiene derecho de apelación sobre los tribunales. La inscripción es incompleta y aunque ha provocado un fuerte debate entre los historiadores, se interpreta normalmente como prueba de la existencia de ciertas características demo-

cráticas en la constitución de Quíos en la primera mitad del s. VI (Meiggs y Lewis, 1969: n.º 8).

Sin duda la presión lidia y persa afectó al desarrollo de las ciudades griegas de la costa de Asia Menor. Nuestra evidencia es todavía escasa para poder trazar un cuadro completo del desarrollo económico-social de las comunidades grecoorientales del período arcaico, de manera que es difícil calibrar las consecuencias de la presión exterior. En el estado actual de nuestros conocimientos, la expansión lidia (cuya etapa más activa parece haber sido breve) no parece haber pesado excesivamente sobre los griegos orientales. Los intensos intercambios grecolidios, la prosperidad económica de la Jonia de los s. VII-VI a.C. se sustentaban probablemente sobre una amplia autonomía de las ciudades griegas en sus asuntos internos.



**Bajorrelieve de una cabeza femenina,
hallada en la isla de Melos
(Hacia el 460 a.C.)
Museo Nacional de Atenas**

II. Los persas en el Egeo: C. 546-479 a.C.

«¿Quién eres, de qué gente y qué años cuentas, amigo?

¿Cuál era tu edad a la llegada del Medo?»

Jenófanes de Colofón (Traducción de
C. García Gual: 1980)

1. Los persas en Anatolia

El imperio persa (550-330 a.C.) como otros sistemas de dominio anteriores del Próximo Oriente se basó en la ocupación permanente de los territorios conquistados y en la explotación de los mismos. Pero los persas tendieron a organizar su proceso de expansión con poca reestructuración de la organización anterior de los grupos y territorios conquistados. Es lo que se ha llamado imperio de tipo «patrimonial» para distinguirlo del tipo «imperialista» en el que la tendencia es a cambiar totalmente las características estructurales de las poblaciones dominadas. Frecuentemente la administración imperial persa utilizaba los cuadros organizativos existentes, subordinados al sátrapa y su personal en las obligaciones respecto a la monarquía; es decir en la percepción del tributo y en la movilización de las tropas. Las conexiones entre el centro del imperio (el territorio que se extendía del mar Caspio al golfo Pérsico: Media, Susiana [Elam] y Persia) y la periferia (las

diferentes satrapías, un dominio de cerca de 3.000.000 Km² de enormes diferencias geográficas, culturales, étnicas) eran limitadas y casi en ningún caso intentaron reorganizar profundamente las organizaciones sociales y culturales existentes (S.N. Eisenstadt, 1979: pp. 21 ss.).

Los conflictos entre griegos y persas se abren realmente con la conquista de la capital lidia, Sardes, por parte de Ciro, acontecimiento que es narrado por Heródoto en su libro I (79-85) y se fecha en el 547 ó 546 a.C. La expansión lidia que habrá alcanzado su etapa más activa durante el reinado de su último rey, Creso, se enfrentó con la nueva potencia persa. Según Heródoto (1,45-46, 69-71;73) la conquista fue precedida por una serie de preparativos por parte lidia que parecen indicar que la iniciativa partió de Creso, deseoso de ampliar su dominio sobre la Anatolia oriental. En estos preparativos tuvo un papel importante la consulta a los oráculos griegos y, sobre todo, a Delfos cuya réplica ambigua a la pregunta de si debía emprender o no la guerra contra los persas, fue interpretada favorablemente. El historiador griego nos explica también que Creso estableció alianza con los espartanos considerándolos los más poderosos de los griegos. La derrota y trágico destino del poderoso rey lidio que

había conquistado las ciudades jonias se convirtió para los griegos de época clásica en narración moralista que simbolizaba una idea cara al pensamiento helénico «hasta el fin nadie es dichoso» (Hdt.1,85-87, D.S. 9, 2 y 33 ss.).

Después de la derrota lidia, los persas avanzaron hacia la costa para reducir a la dependencia a las ciudades griegas. Las fuentes antiguas, sobre todo Heródoto, recogen diversas historias sobre la reacción grecooriental ante la amenaza. Se envió una embajada a Esparta pidiendo ayuda militar que no fue concedida. Diversas propuestas hechas a los jonios para que

actuasen conjuntamente en esta situación de crisis, fueron desoídas (Hdt. 1,170-171). De manera que, según Heródoto, las ciudades se enfrentaron individualmente a las tropas persas. Los habitantes de Teos y Focea después de intentar resistir vanamente al enemigo, embarcaron en sus naves en busca de nuevos asentamientos, los primeros en Tracia y los focenses en su colonia de Alalia, Córcega. Algunas ciudades fueron tomadas y sus territorios saqueados. Hacia 540 a.C. la mayor parte de las ciudades grecoorientales, estaban bajo el dominio persa. La excepción puede haber sido Mileto

Reacción de la Grecia Oriental tras la conquista de Sardes por Ciro

Así tenían los de Focea fortificada su ciudad, cuando Hárpagos, haciendo avanzar su ejército, les puso sitio; si bien antes les hizo la propuesta de que se daría por satisfecho con tal de que los focenses, demoliendo una sola de las obras de defensa que tenía la muralla, reservasen para el Rey una habitación. Los sitiados, que no podían llevar con paciencia la dominación extranjera, pidieron un solo día para deliberar, con la condición de que entretanto se retirasen las tropas. Hárpagos les respondió que, sin embargo de que conocía sus intenciones, consentía en darles tiempo para que deliberasen. Mientras las tropas se mantuvieron separadas de las murallas, los focenses sin perder momento, aprontaron sus naves y embarcaron en ellas a sus hijos y mujeres con todos sus muebles y alhajas, como también las estatuas y de más adornos que tenían en sus templos, menos los que eran de bronce o de mármol, o consistían en pinturas. Puesto a bordo todo lo que podían llevarse consigo, se hicieron a la vela y se trasladaron a Quío. Los persas ocuparon después la ciudad desierta de habitantes. (Heródoto, 1,164)

Una suerte muy parecida a la de los focenses tuvieron los teianos, pues estrechando Hárpagos su plaza con las obras que levantaba, se embarcaron en sus naves y se fueron a Tracia, donde habitaron en Abdera, ciudad que antes había edificado Timesio el Clazomenio, aunque no la había podido disfrutar por haberle arrojado de ella los tracios; pero al presente los teianos de Abdera le honraron como a un héroe. (Heródoto, 1,168)

De todos los jonios, éstos fueron los únicos que, no pudiendo tolerar el yugo de los persas, abandonaron su patria; pero los otros (dejando aparte los de Mileto) hicieron frente al enemigo, y mostrándose hombres de valor, combatieron en defensa de sus hogares, hasta que vencidos al cabo y hechos prisioneros, se quedaron cada uno en su país bajo la obediencia del vencedor. Los milesios, según ya dije antes, como se habían aliado con Ciro, se estuvieron quietos y sosegados. En conclusión, éste fue el modo cómo la Jonia fue avasallada por segunda vez. Los jonios que moraban en las islas, cuando vieron que Hárpagos había sujetado ya a los del continente, temerosos de que no les acaeciese otro tanto, se entregaron voluntariamente a Ciro. (Heródoto, 1,169)

por el pacto de *xenia* que la ciudad había tenido bajo el dominio lidio y que Ciro respetó (Hdt.1,141). Los persas organizaron dos nuevas satrapías con los territorios conquistados en Anatolia. Sus capitales eran Sardes, de quien dependían las ciudades jonias y dorias del Asia Menor occidental y Dascilio, sede de la satrapía de Frigia que controlaba las ciudades eolias y las colonias jonias del Norte.

menas) y además fechados a comienzos del s. V, de manera que probablemente corresponderán a los acontecimientos que siguieron a la rebelión jonia (J.M. Cook: 1958/59, pp. 11 ss.; L.H. Jeffery: 1976, p. 225; 1964/5, p. 50).

La resistencia de los griegos de Asia Menor a la dominación persa parece haberse desarrollado pronto y de manera creciente en las décadas posteriores a la conquista. Las causas de esta



Guerreros persas
Friso de los arqueros de Susa
(Detalle)

2. Los jonios bajo el dominio persa

Las consecuencias de una conquista militar sin aportaciones de nuevas gentes en un territorio son difíciles de calcular cuando la evidencia, literaria o material, es escasa. Desde el punto de vista arqueológico la constatación de niveles de destrucción o de abandono en las ciudades grecoorientales que puedan ponerse en relación con la intervención persa se limita a unos pocos casos (Mileto, Esmirna, Clazó-

resistencia han preocupado largo tiempo a los historiadores ya que constituyen la explicación directa de la rebelión jonia (499-494 a.C.), prólogo de las Guerras Médicas y etapa final de la independencia política de los griegos orientales.

Desde el punto de vista persa, la segunda mitad del s. VI siguió siendo una etapa de expansión. Ciro había continuado sus conquistas hacia el Este, anexionando al Imperio Babilonia en el 539. Cambises, su hijo, conquistó Egipto en el 525, y su sucesor, Darío, que se enfrentó a rebeliones en



Vista general de Delfos



**El tesoro de los atenienses,
en Delfos**

diferentes puntos del imperio, emprendió la expedición contra los escitas y tracios, recogida por Heródoto (Hdt. 3,134; 4,1; 7,20).

Como hemos mencionado más arriba, el imperio persa, como otras estructuras de dominio semejantes, tendió a seguir una política de relativa interferencia mínima en los territorios conquistados, en contraste con la anterior práctica imperial asiria de control rígido y asimilación completa de los pueblos conquistados. Pero incluso en los imperios de tipo «patrimonial», como el persa, la conquista provoca cambios de largo alcance en las relaciones entre conquistadores y conquistados, sobre todo en lo que se refiere a la explotación económica de los pueblos sometidos. Los reyes persas tendieron a limitar la aparición de nuevos mercados fruto de los contactos entre los diferentes grupos de población. Al contrario, preferían favorecer la tendencia a circuitos económicos separados y relativamente cerrados (S.N. Eisenstadt: 1979, pp. 27-8). Al mismo tiempo los sistemas de centro/periferia en los que la riqueza acumulada en el centro del sistema se basa en la producción de un área de mayor extensión tienden a ser inestables ante las dificultades de control de las áreas periféricas. Casi desde su etapa de formación y de manera creciente en los siglos posteriores, el Imperio Persa se enfrentó a esta problemática, con diversos matices, en todas sus áreas periféricas (K. Ekholm y J. Friedman: 1979, pp. 41 ss.).

La incorporación al Imperio Persa pudo abrir para los griegos orientales algunas nuevas posibilidades de limitado alcance. Hay muchas historias sobre griegos de profesiones específicas, médicos, arquitectos, escultores, que trabajaron para los persas en Pasargada, Susa y Persépolis. Y existe una indudable influencia griega en la arquitectura y escultura aqueménidas (Hdt. 3,129-137; C. Nylander: 1979,

pp. 345 ss.). Pero las oportunidades que podía ofrecer el imperio persa no eran de gran importancia económica para las ciudades griegas orientales, cuya expansión anterior había sido marítima.

La intervención persa en los asuntos internos de las ciudades griegas de Asia Menor se relaciona generalmente con el apoyo a los tiranos que les podían resultar instrumentos útiles de control. La tiranía se había desarrollado anteriormente en la región y, de hecho, el tirano más conocido de la segunda mitad del s. VI a.C., Polícrates de Samos, parece haber alcanzado el poder sin intervención persa (Hdt. 3,39; Th.1,13). En todo caso, la tensión política causada por la conquista persa pudo provocar el mantenimiento de las condiciones propicias para los gobiernos tiránicos en la Grecia oriental cuando la evolución política griega general llevaba a la desaparición de las tiranías (A. Andrewes: 1974, p. 117).

Otro aspecto en el que incidió el dominio persa fue la inclusión de tropas griegas en los ejércitos persas. Ya en la expedición a la Tracia tuvieron un papel destacado los jonios que protegieron la retirada de Darío y su ejército, según nos narra Heródoto en su libro 3. Pero para los griegos luchar en los ejércitos orientales era algo tradicional. Durante los s. VII-VI el servicio como mercenario había constituido una salida para centenares de hombres descontentos con las condiciones económicas de las comunidades griegas. Así, las inscripciones griegas grabadas en las estatuas de Ramsés II en Abu Simbel (594-89 a.C.) son de mercenarios griegos de dialecto jonio que luchaban a las órdenes de Psamético II (Meiggs y Lewis: 1969, n.º 7). Desde finales del s. VI y hasta la conquista de Alejandro, las fuentes mencionan a jonios luchando junto a los persas, forzosamente, como parte de las levas impuestas a las satrapías, o como mercenarios.

Sobre los perjuicios económicos que la conquista persa provocó en las ciudades griegas de la costa de Asia Menor, existen opiniones diversas entre los estudiosos que tampoco coinciden en la valoración de su importancia como causa de la rebelión del 499 a.C. Se ha puesto de relieve que la conquista persa de la región de los estrechos de la Propóntide habría paralizado el comercio entre la Jonia y el Ponto Euxino. Se ha dicho también que los reyes persas favorecieron a los puertos fenicios en detrimento de los de Asia Menor y que la conquista persa de Egipto tuvo efectos negativos en las actividades jonias en Naucratis (G. Nenci: 1950, pp. 106-118). La debilidad de la hipótesis, como en otros muchos casos, se debe a la falta de una sistematización de la evidencia material. A pesar de ello, la decadencia económica de las ciudades jonias durante el s. V parece atestiguada por la falta de edificaciones públicas y reconstrucciones extensas tras el colapso del comienzo del siglo (C.J. Emlyn-Jones: 1980, p. 165) y seguramente las causas de esta decadencia, en parte, deben remontarse a la etapa anterior que coincide con la primera fase del dominio persa. Obviamente se necesitan excavaciones en extensión en la región, porque nuestro conocimiento sobre los efectos de la presión política y económica persa sobre la Jonia necesita urgentemente que a la escasa evidencia de las fuentes se le añada una cuidadosa investigación arqueológica.

3. La rebelión jonia

El relato de Heródoto sobre la rebelión de las ciudades jonias, contenido en sus libros 5 y 6 presenta una serie de problemas, derivados de la condición del historiador como hombre del s. V a.C. que contempla los hechos con la perspectiva del triunfo griego en las Guerras Médicas y de las característi-

cas de la tradición oral, sobre la cual se basa su narración. En general tiende a considerar la empresa como condenada al fracaso desde un comienzo, reflejo quizás de las reacciones que la derrota final habría provocado entre los jonios (O. Murray: 1980, p. 237). Para Heródoto el conflicto se inició por iniciativa de un individuo, Aristágoras, tirano de Mileto que habría logrado en poco tiempo el levantamiento de las ciudades de la costa, desde el Helesponto a la Caria. La petición de ayuda a Esparta y Atenas (probable actualismo herodoteo que refleja la doble hegemonía que se repartió el mundo griego del s. V [E. Will: 1972, p. 86]) sólo logró una reducida aportación de veinte naves por parte de Atenas a las que debían añadirse, de manera espontánea, cinco barcos de Eretria, en reconocimiento de una antigua alianza con Mileto (Hdt. 5, 97 y 99). El levantamiento duró varios años y en su transcurso los griegos incendiaron Sardes, la capital de la satrapía. Existe una cierta evidencia de una acción coordinada durante los años de la revuelta, que se refleja en la acuñación común de monedas por parte de las ciudades rebeldes (P. Gardiner: 1911, pp. 151-60). Por su parte Heródoto menciona que las ciudades eligieron estrategias para dirigir el movimiento de sublevación (Hdt. V, 38,2) lo que parece sugerir que hubo un intento, seguramente parcial, de llegar a una estrategia militar conjunta.

Para los persas la revuelta representaba una amenaza en función del escenario bélico que los jonios dominaban, es decir el mar. Ciudades de Chipre y de la zona de los estrechos se unieron a la revuelta, lo que podía significar peligro para la región marítima sirio-fenicia y la zona conquistada de la Tracia (E. Will: 1972, p. 88). La movilización de las tropas persas fue lenta pero finalmente, en la batalla definitiva de Lade, en el 494 a.C., concentraron barcos fenicios, egipcios,



**Relieve de mármol procedente
del friso del templo antiguo de
la acrópolis de Atenas
(525 a.C.)**

cilicios y chipriotas que obtuvieron la victoria sobre la flota jonia. Poco tiempo después Mileto, que había sido el centro de la rebelión, fue tomada y parte de su población deportados o muertos (Hdt. 6, 20).

El desastre final de la revuelta fue seguida de algunas represalias, documentadas en parte arqueológicamente, como hemos mencionado más arri-

ba. Pero, en conjunto, la situación de la Grecia Oriental no parece haber variado sustancialmente en la época inmediatamente posterior. Es difícil interpretar la afirmación de Heródoto (6, 42-43) de que se instituyeron «democracias» en las ciudades, más allá de una posible ampliación de su política de no intervención en los asuntos internos de los territorios sometidos.

La rebelión jonía

Entre tanto, los atenienses llegaron a Mileto con sus veinte naves, llevando en su armada cinco galeras de Eretria, las que no militaban en atención a los de Atenas, sino en gracia de los mismos milesios, a quienes volvían entonces su vez los eretrios, pues antes habían éstos sido socorridos por los de Mileto en la guerra que tuvieron contra los calcidenses, a quienes asistían los samios contra eretrios y milesios. Llegados a Mileto los mencionados, y juntos asimismo los demás de la confederación jónica, emprende Aristágoras una jornada hacia Sardes, no yendo él allá en persona, sino nombrando por sus generales a otros milesios, los cuales fueron dos, uno su mismo hermano Caropino y el otro Hermofanto, uno de los ciudadanos de Mileto.

(Heródoto, 5,99)

Llegó a Efeso la armada, donde, dejando las naves en un lugar de aquella señoría llamada Coreso, iban desde allí los jonios subiendo tierra adentro con un ejército numeroso, al cual servían de guías los efesios. Llevaban su camino por las orillas del río Caistro, y pasado, el monte Tmolo, se dejaron caer sobre Sardes, de la cual y de cuanto en ella había se apoderaron sin la menor resistencia; pero no tomaron la fortaleza, que cubría con no pequeña guarnición el mismo Artafernes.

(Heródoto, 5,100)

En el incendio de Sardes quedó abrasado el templo de Cibebe, diosa propia y nacional; pretexto de que se valieron los persas en lo venidero para pegar fuego a los templos de Grecia. Los otros persas que moraban de estotra parte del Halis, al oír lo que

en Sardes estaba pasando, unidos en cuerpo de ejército, acudieron al socorro de los lidios; pero no hallando ya a los jonios en aquella capital y siguiendo sus pisadas, los alcanzaron en Efeso. Formáronse los jonios en filas y admitieron la batalla que los persas les presentaban; pero fueron de tal modo rotos y vencidos, que muchos murieron en el campo a manos del enemigo. Entre otros guerreros de nombre que allí murieron, uno fue el jefe de los eretrios, llamado Euálcides, aquel atleta que en las justas coronarias había ganado en premio público la corona y había por ello merecido que Simónides Ceio le subiera a las nubes. Los otros jonios que debieron la salvación a la ligereza de sus pies, se refugiaron en varias ciudades.

(Heródoto, 5,102)

Tal fue el éxito de aquel combate, después del cual los atenienses desampararon de tal manera a los jonios, que a pesar de los repetidos ruegos e instancias que les hizo después Aristágoras por medio de sus diputados, se mantuvieron siempre constantes en la resolución de negarles su asistencia. Pero a los jonios, aunque se vieron desprovistos del socorro de Atenas, no por eso dejaron, según a ello les obligaba el primer paso dado ya contra Darío, de prevenirse del mismo modo para la guerra comenzada. Dirígen-se ante todo con su armada hacia el Helesponto, y a viva fuerza logran hacerse señores de Bizancio y de las demás plazas de aquellas cercanías. Salidos del Helesponto, unieron luego a su partido y confederación una gran parte de la Caria, pues entonces lograron que se declarase por ellos la ciudad de Cauco, que no había querido antes aliarse cuando quemaron Sardes.

(Heródoto, 5,103)

4. La batalla de Maratón

Las expediciones persas hacia Occidente que conocemos como Guerras Médicas, no constituían una novedad en la política del Imperio. La expedición a Tracia del 513 a.C. puede considerarse un precedente. Por otra parte, según Heródoto, el comienzo de la rebelión jonia, estuvo relacionado con el intento de Aristágoras de convencer al sátrapa de Sardes de llevar a cabo la conquista de Naxos y por extensión, del conjunto de las islas del Egeo. El fracaso de esa expedición y el temor a las represalias fue, según Heródoto, la causa de que Aristágoras promoviese el levantamiento de las ciudades jónicas (Hdt. 5, 31).

La propia revuelta seguramente reforzó el proyecto persa de avance continuado hacia Occidente que cristalizó en tres expediciones expansivas-punitivas entre el 492 y el 480 a.C. La primera de ellas consolidó el dominio persa en la costa N. del Egeo, llegando a las costas de Macedonia y Ta-

sos, aunque, según Heródoto (6, 44-45) los persas sufrieron graves pérdidas a causa de un enfrentamiento con los tracios y de una tempestad que destruyó muchas naves, cerca del Mt. Atos.

Desde el punto de vista griego y aunque nuestra información para todo el desarrollo de las Guerras Médicas es siempre unilateral, y de procedencia griega, lo cierto es que la historia de Atenas en los años inmediatamente anteriores a Maratón, es oscura. Al mismo período en que Clístenes proponía sus reformas, corresponde un episodio poco claro narrado por Heródoto (5, 73) según el cual los atenienses enviaron una embajada a Sardes para lograr una alianza con los persas, si bien la aceptación de las condiciones persas (entrega al rey Darío de tierra y agua, símbolos de la sumisión) fue discutida y, al parecer, rechazada, en Atenas. Ya hemos hablado de la ayuda ateniense a los griegos orientales en el 499 a.C. y Heródoto (6, 21,2) recuerda que el poeta trágico Frínico fue multado por los atenienses por



Guerrero griego hiriendo a un persa

Maratón

Rendida ya Eretria, interpuestos unos pocos días de descanso, navegaron hacia el Ática, donde, talando toda la campiña, pensaban que los atenienses harían lo mismo que habían hecho los de Eretria; y habiendo en el Ática un campo muy a propósito para que en él obrase la caballería, al cual llamaban Maratón, lugar el más vecino a Eretria, allí los condujo Hippias, hijo de Pisístrato. (Heródoto, 6, 102)

Dispuestos en orden de batalla y con los agüeros favorables en las víctimas sacrificadas, luego que se dio la señal, salieron corriendo los atenienses contra los bárbaros, habiendo entre los dos ejércitos un espacio no menor que de ocho estadios. Los persas, que les veían embestir corriendo, se dispusieron a recibirlos a pie firme, interpretando a demencia de los atenienses y a su total ruina, que siendo tan pocos viniesen hacia ellos tan deprisa, sin tener caballería ni ballesteros. Tales ilusiones se formaban los bárbaros; pero luego que de cerca cerraron con ellos los bravos atenienses, hicieron prodigios de valor dignos de inmortal memoria, siendo entre todos los griegos los primeros de quienes se tenga noticia que usaron embestir a la carrera para acometer al enemigo, y los primeros

que osaron fijar los ojos en los uniformes del miedo y contemplar de cerca a los soldados que los vestían, pues hasta aquel tiempo sólo oír el nombre de medos espantaba a los griegos.

(Heródoto, 6, 112)

Duró el ataque con vigor por muchas horas en Maratón, y en el centro de las filas en que combatían los mismos persas y con ellos los sacas, llevaban los bárbaros la mejor parte, pues rompiendo vencedores por medio de ellas, seguían tierra adentro al enemigo. Pero en las dos alas del ejército vencieron los atenienses y los de Platea, quienes viendo que volvía las espaldas el enemigo no le siguieron los alcances, sino que, uniéndose los dos extremos, acometieron a los bárbaros del centro, obligáronles a la fuga, y siguiéndoles hicieron en los persas un gran destrozo, tanto que llegados al mar, gritando por juego, iban apoderándose de las naves enemigas.

(Heródoto, 6, 113)

Acción de gracias ateniense por la batalla de Maratón

Los [a]tenienses dedicaron (esto como) [los primeros frutos] de la batalla de Maratón. de procedencia meda].

(SIG, N.º 23)

haber representado una obra cuyo asunto era la toma de Mileto. En todo caso, las fluctuaciones de la política ateniense respecto a Persia en los primeros años del s. V aparecen en las fuentes como un reflejo de la influencia que todavía poseían algunas familias nobles en el manejo de los asuntos públicos de la ciudad (E. Will: 1972, pp. 91 ss.).

La segunda campaña persa narrada por Heródoto en su libro sexto se efectuó a través de las Cícladas y parece haber tenido como objetivo el castigo de Eretria y Atenas por su participación en la revuelta jonia. La flota per-

sa logró sin dificultades el sometimiento de Naxos y Eubea donde fueron destruidas las ciudades de Caristo y la propia Eretria. Después se llevó a cabo el desembarco en la bahía de Maratón. Hippias quien según Heródoto, guió a los persas en el episodio ateniense de esta segunda expedición, podía esperar encontrar simpatizantes en el Ática oriental donde en el 546 a.C. había desembarcado su padre Pisístrato. En todo caso el enfrentamiento entre las tropas persas y los hoplitas atenienses ayudados por sus aliados de Platea, la batalla de Maratón, obligó a los primeros a abando-

nar el intento de invasión del Ática. Los atenienses estaban dirigidos por sus estrategas, entre los que destacó Milcíades cuya familia se había creado un dominio en el Quersoneso tracio durante la tiranía de Pisístrato (Hdt. 6, 103-104). El avance persa por el N. del Egeo había obligado a Milcíades a abandonar el Quersoneso y regresar a Atenas.

alcanzó un significado paradigmático. Los muertos atenienses de la batalla fueron enterrados colectivamente bajo un túmulo que todavía se levanta en la llanura y el culto funerario que se les rindió constituye el primer ejemplo de la posición «heroica» que Atenas iba a cultivar cuidadosamente durante el s. V (N. Loraux: 1982, pp. 27-43).



El casco de Milcíades
(Siglo V a.C.)

La victoria ateniense en Maratón tuvo importantes consecuencias ideológicas para los griegos. Desde el punto de vista persa, para el que no tenemos información escrita directa, seguramente no fue más que un desembarco fracasado en una expedición que había logrado gran parte de sus objetivos (E. Will: 1972, p. 98). Pero para los griegos, sobre todo para Atenas la victoria

5. De Maratón a la expedición de Jerjes

La tercera etapa del «avance continuo» persa hacia Occidente fue la expedición organizada por Jerjes que fue precedida por una serie de cuidadosos preparativos, a partir del 484. En los años anteriores los persas se

enfrentan con problemas en otras zonas periféricas del Imperio. En primer lugar la revuelta egipcia del 487/486 que fue sofocada en el 484 por el nuevo rey, Jerjes, que inició una política religiosa poco tolerante, ajena a la tradición aqueménida y que, probablemente, fue una de las causas del levantamiento de Babilonia en el 482 a.C. Heródoto (7, 20-25; 33-36) narra los preparativos de la expedición persa que comprendieron la excavación de un canal a través de la península de Acté (Calcidica), para evitar la repetición de la catástrofe naval del 492, la organización de depósitos de víveres y materiales en diversos puntos de las costas tracia y macedonia y la construcción de un doble puente flotante de barcos a través del Helesponto para facilitar el paso de las tropas. El número de tropas mencionado por Heródoto (7, 60), 1.700.000, es sin duda increíble al igual que la cantidad de barcos (1.207) de la flota persa. Los diversos cálculos que aparecen en los estudios modernos coinciden, tan sólo en afirmar que el ejército invasor del 480 debió ser numeroso y que su objetivo probable era la conquista de la Grecia europea (R. Sealey: 1976, p. 208; nota 5).

El decenio de los años ochenta es poco conocido en las fuentes escritas. Por parte griega la mayor parte de la información hace referencia a Atenas y a su política interior durante estos años. Pero algunos aspectos de las actividades de las nuevas instituciones democráticas están directamente relacionados con la amenaza latente de una nueva expedición persa.

Atenas no había participado en la expansión colonial griega en el Mediterráneo occidental durante los s. VIII-VII. Pero durante la etapa de la tiranía de Pisistrato (561-556 y 546-528)



**Estatuilla de marfil de una divinidad
con un león, probablemente Apolo**
(Comienzos del siglo V a.C.)
Museo de Delfos

y posiblemente antes, se llevó a cabo una política expansiva por vía marítima cuyo objetivo central era la zona de los estrechos, clave para el tráfico con la rica zona cerealística del Ponto, de interés vital para Atenas a partir del s. VI a.C. Milciades, de la familia Filedas, sin duda con la aprobación o el apoyo implícito de Pisístrato, creó un dominio en el Quersoneso Tracio. El propio Pisístrato luchó por restablecer el control ateniense sobre Sigeeo (Tróade) que había sido concedida a Atenas tras una larga lucha con Mitilene, por arbitraje de Periandro, tirano de Corinto (Hdt. 5, 95). Además, las fuentes nos mencionan otros aspectos de la intervención ateniense en los asuntos del Egeo, por ejemplo, el sometimiento de Naxos para instalar a Ligdamis como tirano (Hdt. 1, 64). Estas actividades plantean el tema de la flota ateniense en este período, que pudo ser una creación de la tiranía. En todo caso la Atenas del s. VI se convirtió en una ciudad con intereses marítimos y que buscaba establecer contactos con otras áreas del Egeo. Posiblemente ésta fue una de las causas de la ayuda que Atenas envió en el 498 a.C. a las ciudades grecoorientales, algunas de las cuales habían sido metrópolis y mantenían provechosas relaciones con las prósperas colonias del Ponto Euxino. Es quizás en este contexto donde deben situarse los hechos narrados por Heródoto en 6, 132 ss. en relación con el intento de conquista ateniense de la isla de Paros, según proyecto aprobado por la asamblea a instancias de Milciades, el general victorioso de Maratón y descendiente del fundador del Quersoneso. La expedición fracasó pero con la perspectiva de la política posterior ateniense en la liga de Delos puede inscribirse en el proceso de expansión hacia el Egeo que Atenas inició probablemente desde comienzos del s. VI.

Los hechos de política interna en Atenas durante los años 490-480 a.C., narradas por Heródoto, se relacionan

con el reforzamiento de las instituciones democráticas. A este período corresponden los primeros ostracismos conocidos, aunque la institución pudo haber sido creada por el propio Clístenes (R. Sealey: 1976, pp. 164-166). La evidencia material para los ostracismos ha crecido en años recientes. En 1967 se hallaron 4.463 nuevos *ostraka* en las excavaciones del Cerámico. Los estudios sobre el tema parecen demostrar que en los años anteriores a la expedición de Jerjes se produjeron frecuentes acusaciones de «medismo» sobre todo respecto a familias importantes como las Alcmeónidas y los Pisastrátidas (O. Murray: 1980, pp. 255-259).

A partir del 483/2 los informes sobre los preparativos persas pudieron llegar a Grecia. Posiblemente este hecho junto a las dificultades de la guerra con Egina, uno de los problemas endémicos de Atenas, impulsó un intenso programa de construcción de navíos al que se destinó la plata de una nueva vena de las minas de Laurión (Hdt. 7, 144). Este reforzamiento de la flota ateniense que iba a convertirse en el instrumento principal de la victoria griega en Salamina, tuvo consecuencias importantes para la Atenas posterior, desviando el control del factor militar de las manos de los hoplitas (campesinos medianos y acomodados) a las de los remeros (pertenecientes en gran parte al sector más pobre, los *thêtes*, de la ciudadanía ateniense).

Como sucedió a las comunidades grecoorientales tras la conquista persa de Sardes, la expedición de Jerjes provocó entre los griegos europeos diversos intentos de llegar a una estrategia común. Heródoto presenta las negociaciones en forma de episodios atemporales relacionados con dos congresos de los años 481 y 480 a.C. (7, 145 y 172). Al parecer se tomaron una serie de medidas para acabar con las guerras entre estados y para organizar la estrategia defensiva, concediendo al mando de las fuerzas griegas a Espar-

Preparativos griegos ante la expedición de Jerjes

Mas para volver a tomar el hilo de la historia, el pretexto de aquella armada del Rey era hacer la guerra contra Atenas, y el fin y motivo verdadero el embestir a toda Grecia. Informados los griegos mucho tiempo antes de lo que les aguardaba, no todos miraban con unos mismos ojos aquel nublado. Los que habían prometido al persa el homenaje, entregándole la tierra y el agua, vivían muy satisfechos de que nada tendrían que sufrir de parte del bárbaro; pero los que no le habían prestado vasallaje, hallábanse llenos de miedo, nacido de ver que Grecia carecía de armada naval capaz de contrastar a la que contra ella venía, y que muchos griegos, prontos a la obediencia de los medos, no querían tomar parte con ellos en aquella guerra.

(Heródoto, 7,138)

En un congreso general de los griegos en que se juntaron los diputados de los pueblos que seguían el partido más sano, después de haber conferenciado entre sí y asegurándose mutuamente con la fe pública, en las sesiones que luego tuvieron, parecióles que lo que más convenía ante todas las cosas era reconciliar los ánimos de todos aquellos que entonces estaban haciéndose entre sí la guerra; porque a más de la que se hacían los atenienses y los de Egira, no faltaban algunos otros pueblos que ya habían empezado sus hostilidades, si bien eran las de los atenienses las que más sobresalían. Después de este acuerdo, oyendo decir que Jerjes con su ejército se hallaba ya en Sardes, resolvieron enviar al Asia Menor exploradores que revelasen de

cerca las cosas de aquel soberano; despachar embajadores a Argos para ajustar una alianza contra el persa; otros a Sicilia para negociar con Gelón, hijo de Dinómenes; otros a Corcira para animar aquellos isleños al socorro de Grecia, y otros, finalmente, a Creta; todo con la mira de ver si sería posible hacer una liga de la nación griega en que todos los pueblos quisiesen ir a una contra aquel enemigo común, que a todos venía a embestir. Y, por lo que mira a Gelón, la fama hacía tan grandes sus fuerzas, que de mucho las anteponía a todas las demás de los griegos.

(Heródoto, 7,145)

Tomadas dichas resoluciones y ajustadas entre ellos las desavenencias, lo primero que por obra pusieron fue enviar a Asia tres exploradores, quienes llegados a Sardes y bien enterados de lo que al ejército del Rey concernía, como hubiesen sido sentidos y descubiertos, fueron puestos a cuestión de tormento y encarcelados por los generales de la infantería, que les condenaron a muerte. Llegado el asunto a oídos de Jerjes, mereció tal sentencia la indignación del Soberano, quien al punto, enviando allá algunos de sus alabarderos, dio la orden que si hallaban vivos aquellos espías los condujeran a su presencia. Quiso la suerte que no se hubiera aún ejecutado la sentencia, y fueron con esto conducidos delante del Rey; y como él les preguntase a qué fin habían venido, oída la respuesta, mandó a sus alabarderos que los guiasen y mostrasen todas sus tropas, así de a pie como de a caballo, y que habiéndolas contemplado a todo placer y gusto, les dejaran ir libres y salvos a dondequiera que intentasen partir.

(Heródoto, 7,146)



ta, la potencia hegemónica de la Liga del Peloponeso que reunía al mayor número de las ciudades que participaron en los dos congresos (Corinto, Sición, Mégara, Egina, Epidauro, Trecén, Hermione, Tirinto, Micenas, Fliunte, Orcómeno, Tegea, Mantinea, Elis y Lépreo). Se enviaron embajadas a ciudades importantes como Argos, Siracusa, Corcira y a las de Creta para intentar ampliar la base de la liga contra Persia. Delfos, el gran santuario panhelénico, actuó durante este período de un modo claramente favorable a los persas mediante oráculos que aconsejaban la no intervención (Hdt. 7, 148) o incluso la sumisión a Jerjes. Durante el congreso del 480 (Hdt. 7, 173) se decidió una primera línea de actuación defensiva tratando de proteger la Tesalia con una fuerza expedicionaria de 10.000 hoplitas. Pero las dificultades de la defensa del paso del valle del Tempe y el hecho de que parte de la nobleza tesalia era decididamente pro persa provocó la retirada de esas tropas. La defensa de Grecia se llevaría a cabo más al Sur (Hdt. 7, 175).

6. La Gran Guerra

El relato de Heródoto sobre la invasión de los persas dirigidos por Jerjes constituye el núcleo central de su obra. Los historiadores se basan principalmente en la narración herodotea para explicar los acontecimientos que se sucedieron en Grecia desde la primavera del 480 a.C. al mes de agosto del 479 a.C. Y para ello se ven obligados a extraer información de la sucesión de exageraciones, anécdotas ingenuas, oráculos y hechos fantásticos con los que el historiador griego adorna su relato. Una parte importante de los incidentes expuestos sirven para caracterizar el tema central de la visión que los griegos de la época clásica tenían

**Estela funeraria procedente
de Orcómenos, Beocia.
(Hacia el 500-480 a.C.)
Museo Nacional de Atenas**

de las Guerras Médicas: la lucha por la libertad de la *polis* helénica frente al despotismo del bárbaro oriental.

Siguiendo por tanto, a Heródoto (7, 105 a 9, 104) y a otras fuentes la Segunda Guerra Médica, la verdadera gran guerra entre griegos y persas dio comienzo en la primavera del 481 cuando las tropas persas iniciaron la marcha a través de los territorios sometidos de la Tracia, mientras su flota seguía una ruta marítima parale-

la hasta llegar a Acanto, desde donde inició el periplo de la Calcídica.

El abandono de la defensa del paso de Tempe por parte de los griegos provocó que la Grecia septentrional se sometiera sin lucha a los persas. La decisión del mando conjunto griego sobre la siguiente línea defensiva estuvo sujeta a dificultades al enfrentarse intereses distintos: en primer lugar la preocupación de los habitantes de la Grecia Central, sobre todo los ate-

Estatuillas de bronce de dos atletas

(Primera mitad del siglo V a.C.)

Museo de Delfos



nienses, por defender sus territorios que iban a ser los primeros amenazados por el avance persa, y por otra parte la tenaz obstinación espartana por no comprometer la estabilidad peloponesia manteniendo hasta donde fuera posible a sus tropas al Sur del Istmo de Corinto. Finalmente se decidió que el primer enfrentamiento con los persas se daría en un doble emplazamiento: el paso de las Termópilas, entre la Lócride y la Traquis, que era la puerta a la Grecia oriental al Sur del Mt. Oeta y la zona de Artemisio en la costa norte de Eubea, desde donde la

rica en estas dos batallas se interpreta por parte de los historiadores como una consecuencia del rechazo espartano a combatir fuera del Peloponeso.

En el relato herodóteo el combate terrestre en las Termópilas resulta simultáneo a la batalla naval de Artemisio. Después de varios intentos fallidos de romper la defensa griega, los persas fueron informados de la existencia de un sendero en la montaña que les conduciría a la retaguardia de los griegos. Rodeados por el enemigo, el rey espartano Leónidas y sus soldados decidieron asumir hasta el final la



**Moneda ateniense de plata
conmemorando la victoria de Maratón**

flota griega debía controlar el paso al golfo Maliaco.

La flota griega constaba (Hdt. 8, 1) de 271 trirremes y 9 pentecónteras, de los que 127 eran atenienses. Otros 53 barcos cubrían probablemente la defensa del Euripo, el estrecho que separa la isla de Eubea y el continente.

Las tropas griegas reunidas en las Termópilas estaban compuestas por unos 7.000 hombres de los que unos 4.000 procedían del Peloponeso, si bien sólo 300 eran espartanos. El resto de los combatientes eran de la Lócride, la Fócide, Tespias y Tebas. El número era reducido si lo comparamos con la cifra de 38.700 hoplitas que el mismo Heródoto (9, 28-29) menciona en la batalla de Platea. La diferencia numé-

defensa de las Termópilas, en compañía de los tespios y los tebanos. El resto de las tropas volvieron al Peloponeso (Hdt. 7, 219-220). El combate final de este puñado de hombres incrementó rápidamente la fama del valor de los espartanos que se convirtió en tema para los poetas:

«De los que en las Termópilas cayeron
gloria es la fortuna
y noble es el destino
y es un altar la tumba.»

Simónides de Ceos (Trad. J. Ferraté)

Mientras tanto la batalla de Artemisio estaba en situación indecisa. Cuando llegaron las noticias de la muerte de los defensores de las Termópilas y

que el ejército persa avanzaba hacia el Sur, los barcos griegos partieron, atravesando el Euripo hacia las costas del Ática.

La ruta hacia la Grecia Central estaba abierta al ejército invasor y Jerjes no encontró resistencia en la Lócride, Fócide y Beocia, mientras los atenienses decidieron evacuar la ciudad. Excepto una pequeña guarnición que permaneció en la Acrópolis, el resto de la población con sus bienes fue transportada por las naves a Trecén, Egina y Salamina, lugares de refugio que quedaban fuera del área inmediata de control espartano.

Heródoto atribuye gran parte de las medidas tomadas por los atenienses en el período inmediatamente anterior a la batalla de Salamina a Temístocles, que aparece caracterizado en la

tradicción literaria griega como el tipo del héroe ingenioso (Murray, O.: 1980, p. 269).

Un documento descubierto en 1959 en Trecén conocido como el «decreto de Temístocles» ha planteado una serie de cuestiones sobre la estrategia griega en la Segunda Guerra Médica. La inscripción se fecha hacia finales del s. IV o comienzos del S. III a.C. (Meiggs y Lewis: 1969, n.º 23) y su finalidad era recordar la resistencia griega frente a Persia y, de manera particular, el papel ateniense en la contienda. Se exponen los preparativos del Consejo y la Asamblea atenienses para enfrentarse al avance persa de una manera distinta a los capítulos correspondientes de Heródoto. La interpretación de este texto (sobre cuya autenticidad no se ha llegado a un acuerdo) implicaría que

Termópilas y Artemisio

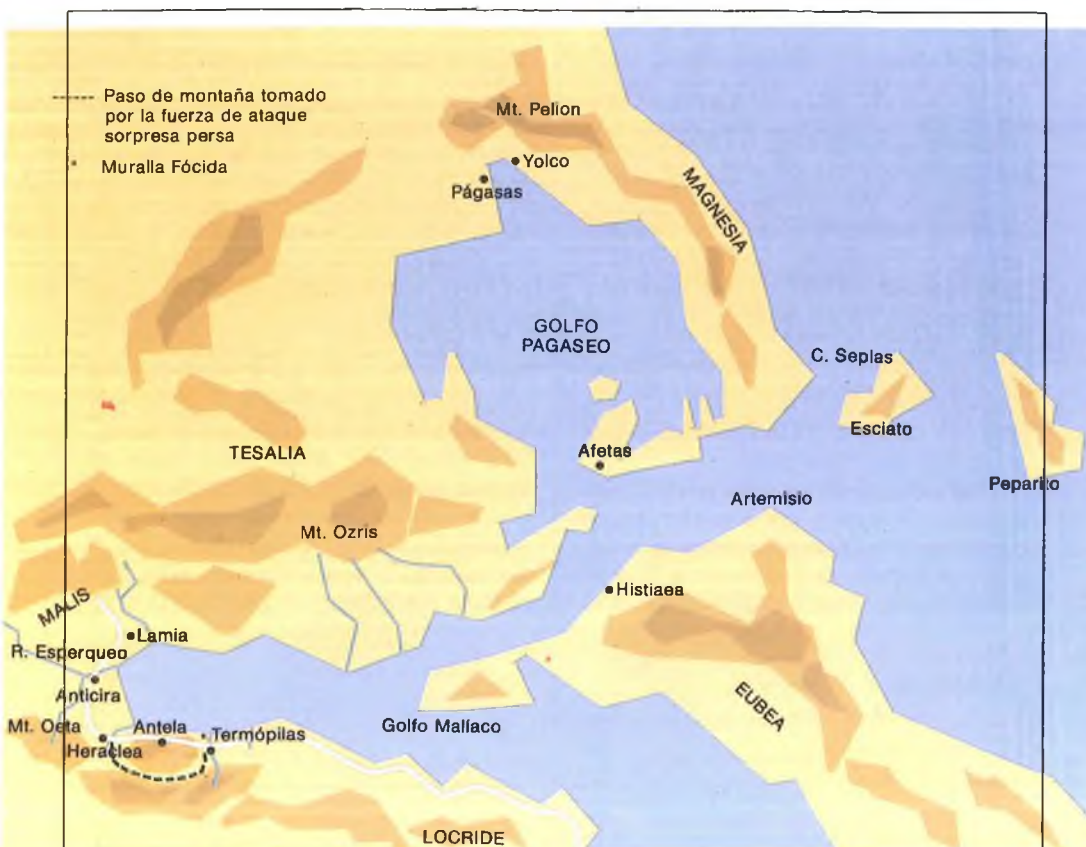
Allí murieron peleando estos dos hermanos de Jerjes. Pero muerto ya Leónidas, encendióse cerca de su cadáver la mayor pelea entre persas y lacedemonios sobre quiénes le llevarían la cual duró hasta que los griegos, haciendo retirar por cuatro veces a los enemigos, le sacaron de allí a viva fuerza. Perseveró el furor de la acción hasta el punto que se acercaron los que venían con Epialtes, pues apenas oyeron los griegos que ya llegaban, desde luego se hizo muy otro el combate. Volviéndose atrás al paso estrecho del camino y pasada otra vez la muralla, llegaron a un cerro, y juntos allí todos menos los tebanos, sentáronse apiñados. Está dicho cerro en aquella entrada donde se ve al presente un león de piedra sobre el túmulo de Leónidas. Peleando allí con la espada los que todavía la conservaban, y todos con las manos y a bocados defendiéndose de los enemigos, fueron cubiertos de tiros y sepultados bajo los dardos de los bárbaros, de quienes unos les acometían de frente echando por tierra el parapeto de la

muralla, y otros, dando la vuelta, cerrábanles en derredor.

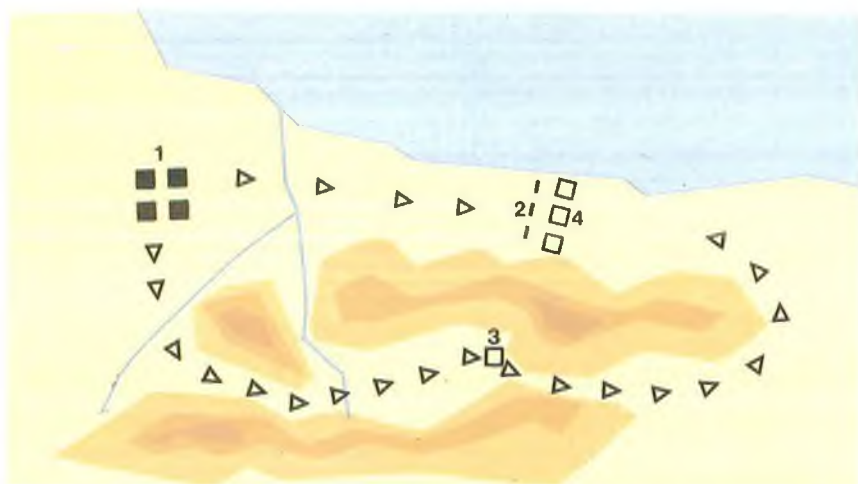
(Heródoto, 7, 225)

Entre tanto que formada en batalla la escuadra de Jerjes se dirigía hacia los griegos, estábanse quietos éstos en Artemisio. Habían los bárbaros dispuesto la escuadra en forma de media luna con ánimo de cerrar en medio a los griegos, quienes al aproximarse ya el enemigo, sin esperar más tiempo, salieron a recibirle y a cerrar con él, y pelearon de modo que la victoria quedó indecisa: porque si bien la armada de Jerjes, impedida por su misma enormidad y muchedumbre, no hacía sino dar contra sí misma, perturbado el curso de sus galeras, que por necesidad embestían unas con otras, tenían por todo con suma mengua el retirarse de la batalla, siendo tan pocas las naves enemigas. No por esto perecieron pocas naves y poca gente de los griegos, si bien mucho mayor fue la pérdida en naves y en gente de los bárbaros. Salieron al cabo unos y otros de la refriega con el resultado que acabo de expresar.

(Heródoto, 8, 16)



Artemisio y las Termópilas



Las Termópilas

1. Ejército persa
2. Ataque frontal contra el muro
3. Paso lateral, por las montañas
4. Los espartanos y sus aliados



Batalla de Salamina

desde un principio Artemisio y Salamina formaban parte del plan defensivo griego y por esta causa la flota ateniense se dividió en dos partes iguales, una de las cuales permaneció en la bahía de Salamina mientras se desarrollaba la batalla de Artemisio. Según Heródoto, en cambio, sólo después de los fracasos griegos de las Termópilas y Artemisio, se decidió la evacuación de Atenas y la concentración de los barcos griegos en Salamina. Si el texto del «decreto de Temístocles» se remonta, al menos parcialmente, al s. V a.C., nos encontraríamos ante una versión alternativa a la de Heródoto cuyo relato constituye el hilo conductor de la versión comúnmente aceptada del desarrollo de las dos Guerras Médicas.

A mediados del mes de septiembre del 480 a.C. los persas tomaron la Acrópolis de Atenas e incendiaron sus edificios. Esta destrucción está ampliamente comprobada en las excava-

ciones en diferentes puntos de la ciudad. La reconstrucción de Atenas y la restauración de sus templos tras las destrucciones provocadas por los persas se convirtieron en uno de los objetivos principales de la Atenas de Pericles. El programa de construcciones de la Acrópolis ateniense durante el resto de la época clásica puede considerarse, en cierta medida, consecuencia de la invasión persa (Boersma, J.S.: 1970, pp. 43 ss.).

Heródoto (7, 139) recalca la importancia que tuvo la elección de Salamina para el combate naval definitivo entre las flotas griega y persa: «... pues no alcanzó por cierto de que hubieran podido servir las fortificaciones construidas sobre el istmo si el rey persa hubiera logrado la superioridad sobre el mar». El ejército peloponesio estaba construyendo una muralla en el istmo para defender el Peloponeso con la intención de concentrar todos los esfuerzos griegos en el ejército

terrestre, teniendo la flota tan sólo una función de apoyo. Esta iniciativa espartana que significaba el abandono de Egina, Megara y Salamina encontró una fuerte oposición por parte de los eginetas, megarenses y atenienses. El relato de Heródoto, claramente proateniense, presenta la decisión final que condujo a la batalla de Salamina como fruto de una estratagema ateniense y de ahí el derecho de los habitantes de Atenas a ser considerados «salvadores de Grecia». El control del mar puede considerarse como la baza decisiva para la victoria final griega y

en este sentido el triunfo de Salamina podía verse como el coronamiento de una política que en Atenas se había iniciado mucho tiempo antes. La batalla tuvo lugar en el estrecho paso que separaba el promontorio ático de Aegaleos de la isla de Salamina, en condiciones que impidieron a los persas explotar su superioridad numérica. Una parte de la flota persa debió quedar destruida y el ejército invasor quedaba reducido a partir de este momento a operaciones militares por tierra. Los barcos persas que quedaban fueron enviados al Helesponto para proteger

La batalla de Salamina. El decreto de Temístocles

Dioses

Fue resuelto por el Consejo y el pueblo: Temístocles, hijo de Neocles de los Frearrios hizo la moción: la ciudad será confiada a Atenea, [protectora de] Atenas y a todos los otros dioses para la protección y [defensa contra] los bárbaros en beneficio del país. Los atenienses [en su totalidad y los extranjeros] que viven en Atenas colocarán [sus niños y sus mujeres] en Troecen [] el fundador de la tierra. Los ancianos y la propiedad móvil se depositarán en Salamina. [Los Tesoros y] las sacerdotisas permanecerán en la Acrópolis y guardarán las posesiones de los dioses. El resto de los atenienses en su totalidad y aquellos extranjeros que hayan alcanzado la edad militar embarcarán en los doscientos barcos [dispuestos] y rechazarán a los [bárbaros en defensa de] la libertad de sí mismos [y de los demás griegos] junto a los lacedemonios, corintios, eginetas y los otros que deseen participar en el peligro. Los generales nombrarán trierarcas [doscientos, uno por] cada barco, [empezando] mañana, de entre aquellos que son propietarios [de tierras y casa] en Atenas y que tienen hijos legítimos. [No sobrepasarán] los cincuenta años y la suerte determinará el barco de cada hombre. Ellos elegi-

rán marineros, diez [por cada] barco, de entre aquellos que estén entre los veinte y treinta años y arqueros, cuatro. [Escogerán también por suerte] los oficiales para cada barco cuando elijan por suerte a los trierarcas. Los generales inscribirán [al resto, barco por] barco, en tablillas en blanco, los atenienses según los registros del demo, los extranjeros según los registros del polemenco. Los inscribirán, asignándoles por divisiones, hasta doscientos de cien hombres cada una y agregarán a cada división el nombre del trireme y del trierarca y de los oficiales, de modo que sepan en qué trireme deberá embarcar cada división. Cuando se haya hecho la asignación de todas las divisiones y se hayan repartido entre los triremes, el Consejo y los generales llevarán las tripulaciones a los doscientos barcos después de haber sacrificado a Zeus el todopoderoso y a Atenea victoriosa y a Poseidón el Salvador. Cuando los barcos estén tripulados, un centenar de ellos llevará ayuda a Artemisio en Eubea mientras los otros cien permanecerán anclados en torno a Salamina y el resto del Ática para defender el país. Para que todos los atenienses puedan unirse en la resistencia frente los bárbaros, los que hayan permanecido exiliados por diez años irán a Salamina y esperarán [hasta que el pueblo] decida sobre ellos y aquellos... (Meiggs y Lewis GHI, n.º 23, pp. 48-52)

la línea de retirada de Jerjes y una parte del ejército de tierra. Los griegos representaron posteriormente a Jerjes transido de terror y emprendiendo una huida vergonzosa hasta llegar a Susa (Esquilo, *Los Persas*) pero es posible que la rápida retirada de una parte de las tropas invasoras estuviese motivada por la necesidad de controlar las reacciones que pudiese provocar la victoria griega en la Jonia.

El resto del ejército persa, al mando de Mardonio, invernó en la Tesalia desde donde se enviaron embajadas para negociar la paz con los atenienses (Hdt. 8, 141-143) confiando seguramente en las disensiones que seguían existiendo entre los griegos. La respuesta ateniense a estas proposiciones persas constituye, en la narración de Heródoto, un ejemplo de hasta qué punto había arraigado en mentalidad griega del s. V a.C. la interpretación de las Guerras Médicas como el enfrentamiento entre la libertad/civilización y la esclavitud/barbarie: «ni encierra tanto oro en todas sus minas el globo entero de la Tierra, ni cuenta entre todas sus regiones alguna ni tan bella, ni tan feraz, ni tan preciosa, a trueque de cuyo tesoro y de cuya provincia, quisiéramos los atenienses pasarnos al medo con la infame condición de la esclavitud de Grecia...» (Hdt. 8, 144).

En la primavera del 479 los persas avanzaron hacia el Sur y los atenienses se vieron obligados de nuevo a evacuar su ciudad, para refugiarse en Salamina (Hdt. 9, 3). A pesar de las repetidas dilaciones espartanas, finalmente se llevó a cabo la concentración de las tropas griegas procedentes de Esparta, Tegea, Corinto, Orcómeno, Ambracia, Léucade, Anactorio, Cefalonia, Potidea, Sición, Mégara, Fliunte, Trecén, Epidauro, Egina, Micenas, Tirinto, Hermione, Lépreo, Eubea, Platea y Atenas, casi 40.000 hoplitas más unos 70.000 hombres más entre auxiliares e infantería ligera. Iban a enfrentarse en territorio de Platea, Beocia, a contingentes persas más numerosos

La batalla de Platea

Mas por el lado en que andaba Mardonio montado en un caballo blanco, y rodeado de un cuerpo de mil persas, tropa la más brillante y escogida de todo su ejército, por allí realmente era por donde con más viveza y brío se cargaba al enemigo. Y en efecto, todo el tiempo en que, vivo Mardonio, animaba a los suyos, no sólo hacían frente los persas, sino que rebatían de tal modo al enemigo, que daban en tierra con muchos de los lacedemonios. Pero muerto una vez Mardonio, muerta también la gente más brava que a su lado tenía, pronto empezaron los otros persas a volver el pie atrás, a dar las espaldas al enemigo y ceder el campo a los lacedemonios. Lo que más incomodaba a los persas y les obligaba casi a retirarse, era su mismo vestido, sin ninguna armadura defensiva, habiendo de combatir a pecho descubierto, con unos hoplitas o coraceros armados de punta en blanco.

(Heródoto, 9,63)

Allí fue, pues, donde los espartanos, conforme a la predicción del oráculo, vengaron en Mardonio la muerte de su Leónidas; así mismo fue entonces cuando alcanzó la mayor y más gloriosa victoria de cuantas tengo noticia el general Pausanias, hijo de Cleómbroto y nieto de Anaxáridres, de cuyos antepasados, los mismos que los de Leónidas, hice antes mención, expresándolos por su mismo nombre. El que en el choque acabó con Mardonio fue el guerrero Amnesto, varón célebre y de mucho crédito en Esparta, el mismo que algún tiempo después de la guerra con los medos, capitaneando a trescientos soldados, entró en batalla con todos los mesenios, a quienes Esparta había declarado por enemigos, en la cual quedó muerto en el campo con toda su gente cerca de Estenícero.

(Heródoto, 9,64)



Relieve en mármol representando ejercicios gimnásticos. Detalle del monumento dedicado por el corega Atabos

sin llegar a las cifras exageradas de Heródoto: 300.000 persas y 50.000 griegos aliados. La narración de Heródoto (9, 47 ss.) y de otras fuentes (Plu. Arist. 11 ss.) siguen las complicadas maniobras militares de Platea que terminaron con el triunfo de los hoplitas griegos.

Los restos del ejército persa, tras la derrota, se retiraron hacia el norte sin ser perseguidos. Las preocupaciones inmediatas de los griegos tras las cere-

monias religiosas en honor de los muertos y de acción de gracias a los dioses, se concentraron en el castigo de los griegos culpables de «medismo».

En una estela de mármol hallada en Acras un texto del s. IV a.C. conserva un juramento de los atenienses antes de la batalla de Platea (Tod, *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the End of the Fifth Century B.C.* 2.º ed. Oxford 1946, n.º 204) en el que se dice: «... Después de vencer a los bárbaros en la batalla diezmaré (es decir, la venderé con sus habitantes y daré un diezmo de lo obtenido a los dioses) la

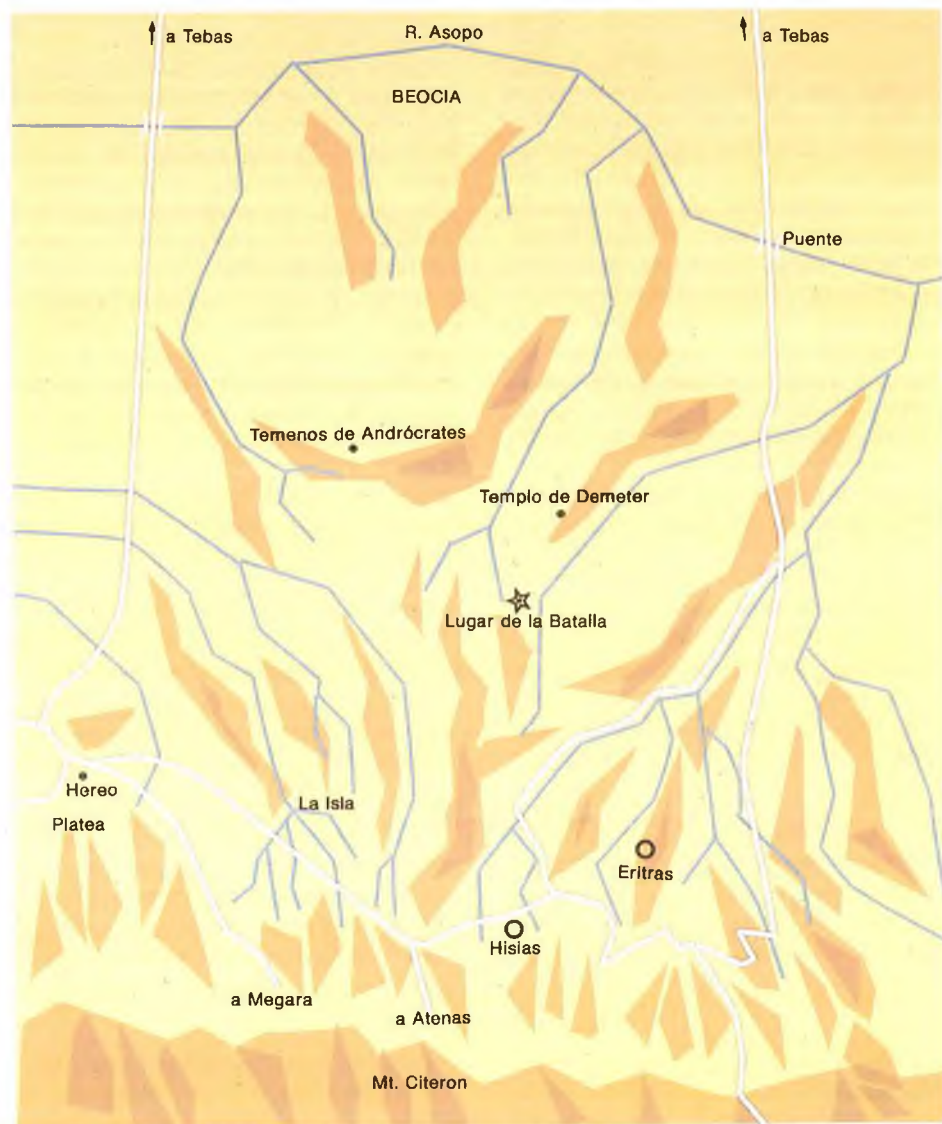


El «Tholos» de Delfos

ciudad de los tebanos; y no destruiré Atenas ni Esparta ni Platea ni ninguna otra ciudad de los que compartieron la lucha...» La antigüedad de este texto es rechazada por varios autores, pero según Heródoto (9, 86-88) pocos días después de la batalla, los aliados exigieron de Tebas la entrega de los promotores del acuerdo con Persia. El tema del «medismo» y de las ciudades que colaboraron con los persas resur-

giró a lo largo del periodo clásico en numerosas ocasiones.

Mientras se desarrollaba la campaña de Beocia, dió comienzo la liberación de las ciudades grecoorientales por la intervención de la flota griega en una base naval persa situada en Micale, frente a la isla de Samos. La tradición griega posterior amiga de sincronismos significativos consideraba que la batalla de Micale tuvo



Batalla de Platea

La batalla de Micalé

El día mismo en que con derrota completa de los persas se peleó en Platea, acaeció a los mismos otro destrozo en Micala, lugar de la Jonia; porque como los griegos, que iban en la armada naval al mando del lacedemonio Leotíquides, estuvieran de fijo apostados en Delos, vinieron a ellos desde Samos unos embajadores enviados por los de aquella isla, pero a hurto así de los persas como del señor de ella, Teoméstor, hijo de Androdamanto, a quien éstos habían dado el señorío de Samos. Los enviados, que eran Lampón, hijo de Trasicles, Atenágoras, de Arquestrátides, y Hegesítrato, de Aristágoras, se presentaron a la junta de los comandantes griegos, a quienes en nombre de todos hizo Hegesítrato un largo y

muy limado razonamiento en esta substancia: «Que los jonios sólo con acercárseles allí los griegos se sublevarían contra los persas, sin que los bárbaros se atrevieran a hacerles frente, y tanto mejor si lo intentaban, pues con esto les pondrían por sí mismos en las manos una presa tan grande, que no sería fácil hallar otra igual. Después de estas razones, acudiendo a las súplicas, rogábales que por los dioses comunes quisieran los griegos librarles de la esclavitud a ellos, también griegos, lo cual les sería facilísimo de lograr, porque las naves de los bárbaros, de suyo muy pesadas, no eran capaces de sostener el combate. Concluían, por fin, que si tenían engaño o mala fe en quererles conducir contra el enemigo, prontos estaban allí en acompañarles como rehenes en sus naves.

(Heródoto, 9,90)

lugar el mismo día que la batalla de Platea. La victoria de Micalé dio comienzo a un debate que iba a ser de enorme importancia en la política griega a lo largo del s. V a.C.: cuál debía ser el futuro de los griegos de la costa de Asia Menor que se encontraban todavía bajo el dominio persa. Los espartanos, ansiosos como siempre de evitar compromisos fuera del Peloponeso, sugirieron, según Heródoto, que los jonios abandonasen sus ciudades para instalarse en los territorios de los griegos continentales culpables de haber colaborado con los invasores. Los griegos orientales se negaban a abandonar sus tierras y encontraron el apoyo de los atenienses, aunque, de momento, sólo las grandes islas adyacentes a la costa de Asia Menor fueron admitidas en la Liga Helénica.

Uno de los memoriales que los griegos levantaron en honor de la victoria se ha conservado hasta nuestros días en Estambul donde fue llevado por el emperador Constantino desde Delfos donde estaba ubicado originalmente. Se trata de una columna de bronce

formada por tres serpientes entrelazadas que había estado sobre un trípode de oro, hoy perdido. Sobre la columna puede leerse todavía una inscripción en que consta el nombre de los treinta y un estados griegos que lucharon contra los persas (Meiggs y Lewis, *GHI*, n.º 27).

7. La cuestión de Siracusa y la invasión púnica

El historiador Éforo, a mediados del s. IV a.C. afirma que se había producido un acuerdo entre persas y cartagineses para atacar conjuntamente a los griegos en el este y el oeste (Ephor, *FGrH* 70, frag. 186). Esta suposición fue recogida por otros autores antiguos como Diodoro Sículo (D.S. 11,1 y 20), pero no por Heródoto (7, 165) que considera meramente accidental la coincidencia de la expedición cartaginesa contra Sicilia y la invasión persa de Grecia en el 480 a.C.: «si por aquel mismo

tiempo no hubiera querido la fortuna que el tirano de Himera (...) condujese a Sicilia un ejército de trescientos mil combatientes (...) a cuyo frente venía Amílcar...»

La batalla de Himera en la que obtuvieron la victoria los tiranos de Siracusa y Acragante, Gelón y Terón sobre las tropas enviadas por Cartago, fue consecuencia directa de los conflictos entre las ciudades siciliotas en los primeros decenios del s. V a.C.

Varias fuentes hablan de una guerra civil en Siracusa, entre los oligarcas terratenientes y el *demos* apoyado por los siervos nativos, los *kyllyroi*. Los primeros que se vieron obligados a refugiarse en Casmenae, la isla, pidieron ayuda al tirano de Gela, Gelón (Hdt. 7, 155). La revuelta popular no logró una situación estable (Arist. Pol. 130 2b) y la ciudad cayó en manos de Gelón sin excesivas dificultades. Pocos años después Siracusa, bajo el gobierno del tirano, era la ciudad más fuerte y populosa de Sicilia, en parte como consecuencia de las transferencias obligadas de población desde Gela, Euboea, Camarina y Megara Hyblea organizadas por Gelón. A este período corresponde una expansión del área de ocupación urbana comprobada en las excavaciones arqueológicas (Drögemüller, H.P.: 1969).

Gelón colocó como tirano en Gela a su hermano Hierón y estableció firmes lazos de alianza con el tirano de Acragante, Terón, mediante un lazo matrimonial doble. El bloque Siracusa —Acragante— Gela controlaba la mayor parte de la Sicilia griega con la excepción de las ciudades de Selinunte, Mesina e Himera, en la que era tirano Terilo ligado también familiarmente con Anaxilas, tirano de Regio y con relaciones personales de hospitalidad con Amílcar, alto magistrado de Cartago.

Hacia el 481 a.C., según Heródoto, Gelón ofreció a la embajada griega que pedía ayuda contra los persas, el envío de grano para alimentar a todo

Cartago y Siracusa

A lo dicho también añaden que en su mismo día sucedió que vencieran en Sicilia Gelón y Terón al cartaginés Amílcar, y los griegos al persa en Salamina, y aun oigo decir que Amílcar, hijo de padre cartaginés y de madre siciliana, a quien su valor y prendas habían merecido la dignidad de rey de los cartagineses, después de dada la batalla en que fue vencido, desapareció de todo punto, no habiendo aparecido ni vivo ni muerto en parte alguna, a pesar de las diligencias de Gelón, que por dondequiera hizo buscarle.

(Heródoto, 7, 166)

el ejército griego durante la campaña y además doscientos navíos y 26.000 soldados (Hdt. 7, 158). Dejando aparte la verosimilitud de estas negociaciones entre los griegos continentales y la poderosa ciudad siciliota en vísperas de la invasión persa (Finley, M.I.: 1968, p. 64), parece indudable que los griegos conocían los grandes recursos en hombres, víveres y plata de los que disponía Siracusa en la primera mitad del s. V a.C.

Terón expulsó a Terilo de su ciudad y este último pidió ayuda a Cartago apoyado por su yerno Anaxilas de Regio que envió a sus propios hijos como rehenes a Amílcar (Hdt. 7, 165; D.S. 11, 20). Ésta fue la ocasión de la invasión cartaginesa del 480, que terminó con la batalla de Himera. Ya en la antigüedad (pero quizás no antes del s. IV a.C.) surgió una tradición según la cual la victoria de Gelón y Terón sobre los cartagineses era el paralelo exacto (incluso cronológicamente) de las batallas de Salamina y Platea. Era necesario que todo fuese igual de manera que según Didoro Sículo (11, 1, 5) Cartago necesitó tres años de preparativos (al igual que Jerjes) para organizar un enorme ejército de 300.000 combatientes (Hdt. 7, 165) para enfrentarse a los griegos de Sici-

lia. De igual manera se llegó a afirmar que en un mismo día tuvieron lugar las dos batallas: Salamina e Himera (Hdt. 7,166; Pi. P.I., 72 ss.; D.S. 11,24). En ese contexto se entiende la afirmación de Éforo de que había existido un entendimiento previo entre cartagineses y persas. La teoría de una gran alianza bárbara contra el conjunto de los griegos ha sido debatida por numerosos historiadores sin llegar a conclusiones definitivas (Will, E.: 1972, pp. 233-235).

La hostilidad entre los griegos y los cartagineses en Sicilia se había iniciado en época arcaica cuando algunas fundaciones griegas (Selinunte e Himera) se situaron en emplazamientos

cercanos a los límites de los territorios de las ciudades fenicias de la parte occidental de la isla.

La intervención cartaginesa del 480 en apoyo de uno de los tiranos locales puede inscribirse en este panorama y ciertamente las consecuencias de la derrota sufrida no parecen haber afectado a las posiciones púnicas en el Mediterráneo Occidental. La victoria dió a Terón la posibilidad de apoderarse de Himera y por tanto respaldó la política dirigida desde Siracusa en esos años pero no cambió sustancialmente las relaciones de enemistad latente (Will, E.: 1972, p. 236) entre los griegos y los cartagineses en Sicilia.



Sicilia y Magna Grecia

III. Las consecuencias de las Guerras Médicas

1. Las Guerras Médicas en la tradición griega

«Au Couchant comme au Levant, les Grecs avaient vaincu (...). Des rives du Méandre aux extrémités de la Sicile, tout ce qui portait un coeur vraiment hellénique s'était levé pour un commun effort, et les victoires jumelles de Salamine et d'Himère avait prouvé de façon éclatante la supériorité de la race.

(...) Cette exaltation du sentiment national se comprend. Les Grecs étaient convaincus qu'ils avaient sauvé leur civilisation. Ils ne se trompaient pas»

(Glotz, G.: 1948, pp. 101-102)

La actitud de los que han considerado la victoria griega en las Guerras Médicas como el triunfo de la libertad sobre el despotismo, de Europa sobre Asia, se inició con la tragedia de Esquilo, *Los Persas*, que se presentó en Atenas el año 472 a.C. y ha continuado hasta época bien reciente en la obra de muchos historiadores deseosos de exaltar el gran triunfo de la cuna de la civilización occidental (Nenci, G.: 1979, pp. 13 ss.).

En los cincuenta años que siguieron a la expedición de Jerjes dos motivos dominaron la propaganda política griega sobre el tema de las Guerras Médi-

cas. Por una parte la exaltación del triunfo y por otra, la polémica sobre los acusados de medismo durante la invasión persa.

La celebración de la victoria encontró su expresión en numerosas obras de arte del siglo V, sobre todo en Atenas. Los autores de tragedias (Frínico, Esquilo), los poetas (Simónides), el propio Heródoto, tomaron como tema el enfrentamiento con los persas y frecuentemente evocaban el pasado legendario, para buscar otras ocasiones en que los griegos habían vencido a los asiáticos: Heracles y Teseo y su combate con las Amazonas, la toma de Troya por los aqueos. En la literatura posterior, las Guerras Médicas llegarían a alcanzar un tono épico, ensalzando, sobre todo, el papel de Atenas. De esta manera ensalza Isócrates a sus conciudadanos en el *Panegírico*: «Porque ¿cuáles igualarán el valor de unos hombres que tanto a los mismos sitiadores de Troya se aventajaron, que habiendo éstos gastado diez años para destruir una sola ciudad, ellos en muy poco tiempo quebrantaron las fuerzas de toda el Asia y no sólo salvaron a su patria, sino que sacaron también de la esclavitud a todo el resto de la Grecia?

(...) Y aún llegó a presumir que aquella guerra la movió algún dios que

estaba enamorado de su esfuerzo, para que unos hombres de tan superior naturaleza no fueran olvidados y acabaran sin nombre sus días, sino que antes a los mismos hijos de los dioses, semidioses llamados, vinieran a ser reputados por iguales...».

El programa de construcciones ateniense durante la época de Pericles tiene como motivo principal la celebración de la victoria griega. Desde la gran Atenea Prómace, de Fidias, que fue colocada en la Acrópolis para conmemorar la batalla de Maratón a los numerosos relieves y decoraciones escultóricas cuyos temas (amazonomaquia, gigantomaquia, centauromaquia) constituyen un reflejo del conflicto perenne desde el punto de vista griego que enfrenta a la barbarie y la civilización. Estos eran los temas que decoraban el escudo de la famosa Atenea del interior del Partenón, la obra cumbre de este período del arte clásico (Hölscher, T.: 1973, pp. 65 ss.).

Para Atenas, a medida que se iba afianzando su papel hegemónico en la Liga de Delos, era importante destacar su intervención en las dos guerras médicas marcada por su «helenismo»: «el nombre mismo de griegos inspira en nosotros el más tierno amor y piedad hacia los que son de nuestra sangre hacia los que hablan la misma lengua, hacia los que tienen la misma religión, la comunidad de templos y de edificios, la uniformidad en las costumbres y la semejanza en el modo de pensar y de vivir» (Hdt. 8,144).

Los dioses habían colaborado decisivamente en la victoria. Algunos dioses como Pan, Iaco o Bóreas habían participado directamente en los esfuerzos bélicos como recuerda en algunos pasajes Heródoto (6,105; 7,189 y 8,65). La conexión entre algunos cultos religiosos y las Guerras Médicas fue importante en los s. V y IV a.C. Así en la celebración de los Misterios de Eleusis se excluía a todos los bárbaros (Isoc. 4,157) a causa de los actos sacrílegos cometidos por Jerjes y Mardonio.

2. Valoración de las consecuencias de las Guerras Médicas para el mundo griego

Entre los historiadores modernos que consideran las Guerras Médicas el punto crucial de la historia del mundo griego (y con frecuencia, por extensión, de toda la civilización occidental) se plantea en ocasiones la cuestión de qué hubiera pasado si los persas hubieran ganado:

«Con el triunfo de la polis triunfó el estado de derecho occidental frente al sistema absolutista del Oriente: los griegos no sólo lucharon por sus lares y penates sino también por el ideal de la libertad intelectual y de una moral superior, en un mundo occidental libre»

(Bengtson, H.: 1965, p. 61)

Prescindiendo de la valoración que merecen tales planteamientos hipotéticos en la investigación histórica o lo que implican de lectura condicionada de manera muy clara de los valores culturales de Oriente y Occidente, cabe preguntarse hasta qué punto las Guerras Médicas y sus consecuencias transformaron el proceso de desarrollo de las ciudades griegas.

En este tema, como en otros muchos en Historia Antigua, el investigador se enfrenta con el peligro fácil de llegar a generalizaciones excesivas partiendo de casos concretos, en este caso el ateniense. Porque Atenas se enfrentó a las Guerras Médicas con una democracia recién estrenada, porque sus efectivos militares (los hoplitas de Maratón y Platea, la flota de Salamina y Micalé) tuvieron un papel importante en la consecución de la victoria y porque Atenas aprovecharía ampliamente las consecuencias políticas de la derrota persa, consiguiendo un área de dominio propio en el Egeo, se tiende (ya desde Heródoto) a considerarla protagonista por excelencia del período.

Podríamos mencionar, por ejemplo, que cuando se destaca la «libertad» de los combatientes griegos frente al sometimiento de las gentes que luchaban en el ejército de Jerjes, se olvida con frecuencia que en Platea había 35.000 ilotas (Hdt. 9,28) la misma cantidad que de hoplitas libres. Para estos siervos de los espartanos la participación en el combate muy probablemente no fue de elección libre.

Numerosos historiadores siguen considerando los años 490-480 como la etapa de transición a una nueva etapa, el período clásico, de gran esplendor cultural y auge político de la ciudad griega. En este contexto es importante plantear hasta qué punto las características principales de la Grecia clásica responden a algo nuevo o representan la continuidad de procesos anteriores que se habían iniciado a finales de la Edad Oscura o durante la época Arcaica (Snodgrass, A.: 1980, pp. 207 ss.).

La *polis* como forma de organización política y social del mundo griego, alcanzó sin duda su etapa de madurez en el período que, por convención, llamamos clásico. Pero su aparición, posiblemente por disgregación de sociedades tribales agrupadas alrededor de clanes poderosos, se inició en un período muy anterior, en la última fase de la Edad Oscura y los elementos estructurales que la caracterizaron: la independencia de las diversas *poleis*, el concepto de *politeia*, la concesión de ciertos derechos inalienables a los ciudadanos, los diversos tipos de dependencia son en todo caso frutos de una larga evolución. Además, el mundo griego en la antigüedad comprendía formas diferentes de estado y sólo un número reducido de ciudades adoptaron el modelo ateniense con un cuerpo ciudadano relativamente amplio y numerosos esclavos-mercancía. Este tipo de estado como los demás que recientemente han sido señalados por A. Snodgrass (1980, pp. 85 ss.) ya existían en el período arcaico, práctica-

mente desde el s. VII a.C. Y fueron esos estados y sus soldados los que se enfrentaron y vencieron a los persas. La victoria pudo proporcionar a los griegos en su conjunto una sensación cierta de seguridad en las propias fuerzas pero no varió sustancialmente las características estructurales de la sociedad griega.

En algunas fuentes antiguas, sobre todo Heródoto, se menciona el panhelénismo como una consecuencia directa de la amenaza persa y muchos estudiosos modernos siguen sobrevalorando la aparición en Grecia en el período 498-480 de una visión de lo «helénico», de ritos y costumbres frente a lo bárbaro. Sin duda la literatura y el arte del s. V enfatizaron frecuentemente, como hemos mencionado más arriba, la diferencia entre la civilización (por excelencia griega) y la barbarie del exterior. Pero muchos griegos desde el comienzo del período arcaico habían tenido conexiones con el mundo exterior, desde el Levante al Extremo Occidente del Mediterráneo y muy posiblemente las ideas «panhelénicas» más antiguas se originaron en las áreas coloniales, donde los griegos entraron en contacto directo y continuo con otros pueblos. El conflicto de las Guerras Médicas se resolvió en campañas de duración breve y los griegos (con la excepción, claro está de los griegos orientales) no estuvieron largo tiempo en contacto directo con los persas. La identidad griega no se descubrió en esos pocos meses, sino que era fruto de una larga evolución anterior. Con todo, la invasión y posterior derrota de los persas se convirtió en un tema frecuente de la oratoria y todavía fueron utilizadas por Filipo de Macedonia para impulsar ideológicamente la expedición a Asia Menor.

En cuanto a Atenas en el período de la postguerra y su política exterior las fuentes mencionan el reforzamiento del papel de la flota y, por tanto, de las clases populares de la ciudadanía. La iniciativa de lanzar los barcos de la

confederación délica le permitió controlar gran parte del Egeo durante buena parte del s. V a.C. Pero al optar por potenciar al máximo la confrontación naval contra los persas, Atenas continuaba de hecho una vez más una dinámica anterior: confiar al mar sus actividades económicas y su defensa.

Como ya hemos dicho, las Guerras Médicas desde la perspectiva persa, debieron considerarse como un fracaso de su política expansiva en los territorios periféricos, de tipo semejante al que se dió en otras regiones del Imperio. Para los griegos, buena parte de los cuales se habían sometido a los persas sin luchar, la invasión persa constituyó un éxito militar con resonancias importantes en la esfera ideológica pero escasas, como acontecimiento puntual, en las esferas económica, social y política.

Relieve de marfil con representación de una escena de la leyenda de Fineo
(Hacia el 570 a.C.)
Museo de Delfos

3. La Grecia Oriental durante el período clásico

La invasión de Jerjes fue consecuencia de un proceso que se había iniciado en la década de los años cuarenta del s. VI cuando los persas conquistaron la Grecia Oriental. Para los griegos orientales este proceso significó que sus ciudades quedaron incorporadas a la organización imperial persa de manera más o menos permanente, con lapsos de tiempo variables durante la etapa de apogeo de la confederación délico-ática. Y esta incorporación, con lógicas variaciones en el tiempo, se mantuvo hasta la época de la conquista de Alejandro el Magno, durante más de dos siglos. Esta región del mundo griego debe proporcionar al investigador las mejores oportunidades para analizar las consecuencias sobre la ciudad griega del contacto a largo plazo con «el sistema absolutista del Oriente» (H. Bengtson: 1965, p. 61).

En un artículo de comienzos de los años sesenta, J.M. Cook (1961, pp. 9-





**Fragmento de un vaso ático de
figuras rojas**

(Hacia 500-490 a.C.)

Museo Nacional de Atenas

18) planteaba algunas cuestiones importantes sobre las ciudades greco-orientales en el s. V. Se ha recalado con frecuencia la falta de edificios monumentales durante ese período pero además J.M. Cook, a partir de las excavaciones de Esmirna y de prospecciones superficiales en otros lugares, sugiere que las ciudades estaban escasamente pobladas durante este siglo, la etapa en que la mayor parte de las ciudades griegas de Asia Menor pertenecían a la confederación délico-ática. La hipótesis de una decadencia generalizada necesita de una mayor contrastación a partir de excavaciones sistemáticas, pero ya se han avanzado diversas interpretaciones. Mencioná-

bamos anteriormente que es posible pensar que la situación aparente de decadencia de las ciudades greco-orientales haya podido iniciarse con la conquista persa, pero a lo largo del s. V a.C. debe considerarse una nueva variable que incidió en el desarrollo de estas ciudades: el imperialismo ateniense. Se ha apuntado, por ejemplo, que la débil demografía de los centros urbanos en la Grecia Oriental en el s. V podría explicarse en parte como consecuencia de la tendencia de la clase terrateniente a retirarse a sus posesiones rurales ante los enfrentamientos con un *demos* protegido por Atenas (S.C. Humphreys: 1978, p. 114).

Heródoto (6, 42) dice que después

del fracaso de la rebelión jonia, el sátrapa persa de Sardes impuso a las ciudades sometidas el tributo que debía pagarse a los persas en una cantidad que permaneció inalterable hasta la época del historiador. Se ha sugerido a partir de esta noticia que quizás los jonios se vieron obligados a pagar un doble tributo a los persas y a Atenas, lo que redundaría en su debilidad económica (C.J. Emlyn-Jones: 1980, p. 166).

Desde mediados del s. V a.C. la intervención ateniense en los asuntos internos de las ciudades aliadas fue cada vez más frecuente y, muchas veces, permanente. Con frecuencia el apoyo a las democracias se saldaba con el uso de la violencia, que llevaba a un progresivo aumento del dominio y a mayores demandas económicas por parte de Atenas (J.M. Cook: 1962, pp. 122 ss.). Las ventajas que las ciudades de Asia Menor podían alcanzar a cambio de su subordinación a Atenas se reducían a la protección respecto a Persia. Seguramente el carácter cada vez más opresivo del imperialismo ateniense, explica la revuelta general de las ciudades grecoorientales tras el desastre de la expedición de Sicilia (413 a.C.) que anunció la derrota final de Atenas en la Guerra del Peloponeso.

La situación de debilidad económica de la Grecia Oriental durante el s. V, cuyas características y desarrollo apenas podemos plantear por falta de información fiable, puede haber estado directamente relacionado con el status provincial de la región en relación a los persas y a los atenienses. Las consecuencias de la revuelta del 499 a.C. seguramente fueron duras en el ámbito económico para las principales ciudades implicadas y, al parecer, la recuperación de la antigua prosperidad se vió notablemente dificultada por la existencia de la Liga delélica. Ciertamente es que la presencia de la flota naval ateniense convirtió al mar Egeo, en un mar griego, prácticamente libre de los peligros de la piratería. Pero estas circunstancias favorables

fueron aprovechadas ante todo para restablecer la presencia ateniense en el Quersoneso tracio, en Lemnos Imbros, la Tróade, es decir, en la ruta del Ponto Euxino.

Un decreto ateniense del 430 ó 427/6 a.C. menciona la existencia en el Quersoneso tracio de unos magistrados llamados «guardianes del Helesponto». Según este decreto las gentes de Metone (Macedonia) son autorizadas a transportar una cantidad de trigo desde Bizancio a Metone bajo el control de los «guardianes del Helesponto» (Meiggs y Lewis, *GHI* n.º 65, pp. 176-180). Este decreto se ha interpretado como una prueba de que los atenienses llegaron a tener un control casi absoluto de la vital ruta póntica, al menos en época avanzada, a comienzos de la Guerra del Peloponeso. Las renovadas oportunidades del comercio y la navegación en el Egeo redundaron en beneficio de los comerciantes atenienses y, con la evidencia existente, parece que los griegos orientales siguieron teniendo posibilidades económicas restringidas.

Hdt. 6, 20: «Hechos, pues, prisioneros los milesios, fueron desde su patria llevados a Susa. El rey Darío, sin ejecutar con ellos otro castigo diferente, los colocó cerca del mar Eritreo en Arupa, ciudad por la cual pasa el río Tigris, que desagua en el mar. Las heredades suburbanas de Mileto las tomaron para sí los persas...».

Esta noticia es una de las varias que podemos encontrar en los autores clásicos que hacen referencia a la presencia de persas en los territorios de las ciudades grecoorientales. Estas menciones literarias aparecen confirmadas por una serie de inscripciones del s. IV procedentes de la región de Caria y de la zona costera del Ponto (S. Hornblower: 1983, pp. 95 ss.). Nombres de tipo persa se utilizaban en ciudades como Éfeso, Halicarnaso, Dascileo, la capital sátrapa del N.O. de Anatolia y Sardes hasta época romana. Las excavaciones arqueológicas han descu-

bierto en la Lidia clásica objetos de procedencia persa. El número de persas establecidos en la Anatolia clásica no puede precisarse pero algunos historiadores piensan que debía ser importante y lo han relacionado con las donaciones de tierras que el rey persa concedía como recompensa a algunos vasallos, persas o de otras procedencias. Así, según Tucídides (I, 138) el Rey obsequio a Temístocles con el territorio de Magnesia. Es decir, que las donaciones de tierras se practicaban a expensas de los territorios conquistados, y por tanto en ocasiones, de las ciudades grecoorientales. No existen noticias literarias que permitan evaluar la importancia que podían tener estos dominios territoriales privados en la Anatolia occidental y hasta qué punto afectaron al desarrollo económico de las ciudades griegas.

A comienzos del s. IV a.C. como resultado de la llamada «Paz del Rey» del 387/386 a.C. las ciudades de Asia fueron consideradas dominio del rey persa, Artajerjes (X, HG5). Durante el s. IV los sátrapas fueron adquiriendo una independencia mayor, al tiempo que se debilitaba la monarquía y el imperio persas. La Grecia Oriental entró en una etapa de influencias diversas, desde las satrapías anatólicas y territorios regidos por déspotas locales, como la Caria, que gradualmente absorbió a las ciudades jonias de la costa.

Para las ciudades grecoorientales este período coincide con un evidente aumento de la prosperidad económica, que se manifiesta de diversas maneras: resurgimiento de un urbanismo pujante en ciudades como Eritras, Esmirna, Colofón, numerosas construcciones monumentales (Templo de Artemis en Éfeso, de Atenea en Priene, de Apolo, de Didima, etc...), fundación de nuevas ciudades como Priene, *sinecismos* y traslados de poblaciones provocados por el aumento de población (los casos de Cos, Cnido, Halicarnaso, Eritras).

Como en otros casos que ya hemos

mencionado hay que resaltar lo poco que sabemos de las causas de esta mejora económica. Se ha constatado la existencia de las pruebas de esta prosperidad pero puesto que apenas conocemos arqueológicamente la Jonia del s. V a.C. difícilmente pueden plantearse los diversos aspectos de su evolución económico-social hasta este «aparente renacimiento» del s. IV a.C.

Se ha señalado con una cierta frecuencia que las ciudades grecoorientales griegas fueron pioneras en la nueva urbanización helenística de las ciudades griegas (J. Charbonneaux y otros: 1971, pp. 5 ss.) pero seguramente no fue sólo en este campo donde el desarrollo de la Grecia Oriental durante el período clásico creó precedentes.

Muchos de los aspectos que caracterizan a la ciudad griega del período helenístico se consideran consecuencia del nuevo panorama político surgido de las conquistas de Alejandro Magno. El desmembramiento del imperio macedonio tras su muerte, dio como resultado la aparición de una serie de reinos conseguidos por la fuerza de las armas y donde se asentaron dinastías fundadas por algunos de los más brillantes seguidores de Alejandro, que perdurarían con variada fortuna hasta la conquista romana. En ningún caso podrían estudiarse las ciudades griegas como un bloque unitario durante el período helenístico, pero ya se trate de las antiguas *poleis* clásicas como de las numerosas nuevas fundaciones establecidas por Alejandro y sus sucesores, existe un elemento común: su dependencia en mayor o menor medida de la monarquía. No existe prácticamente ninguna esfera de la actividad ciudadana griega durante los tres últimos siglos del I milenio a.C. que no esté marcada por la existencia de los reinos y su intervención en los asuntos internos de las ciudades. El ideal más profundamente arraigado en la conciencia política griega, el de la libertad y auto-

nomía, se vió irremediabilmente dañado por estas circunstancias. Y sin embargo, es bien sabido que desde el punto de vista de la cultura, el período helenístico es uno de los más florecientes del mundo griego tanto en calidad como en la expansión geográfica alcanzada por la *Koine* griega. Las ciudades griegas de la costa de Asia Menor y las islas adyacentes habían experimentado un proceso semejante con varios siglos de anticipación. El desarrollo económico, social, político a partir de la conquista persa estuvo, sin duda, marcado por la existencia de ese dominio exterior, que por tolerante o restringido que fuera, marcaba definitivamente a una estructura estatal como la griega, basada, al menos teóricamente, en la plena independencia de la comunidad de ciudadanos con posesión de su territorio. Y, sin embargo, los griegos orientales no dejaron de participar en la evolución cultural griega, en todos los campos: poesía, filosofía, arte. Con frecuencia esta continuidad de las manifestaciones culturales ha oscurecido la comprensión de la dinámica de otras esferas de actividad de la sociedad. De este modo, hasta época reciente se sostenía que la fundación de centros urbanos grecomacedonios había implicado una fuerte helenización del Oriente helenístico. Hoy en cambio se tienden a considerar de manera más equilibrada las relaciones entre la población indígena y los inmigrantes griegos en el reino seleúcida o en el Egipto ptolomaico.

De igual manera el estudio de la Jonia de finales del arcaísmo y del período clásico se ha limitado con frecuencia a los aspectos materiales de la «cultura» jonia y a las noticias literarias que hacen referencia, ante todo, a acontecimientos: batallas, levantamientos, masacres,... y nunca o casi nunca a los procesos por los que atraviesan los grupos humanos. Y esto es más grave al considerar el tema que nos ocupa. La expansión persa hacia



**Figura de bronce
representando a un corredor
(490 a.C.)**

Occidente desde mediados del s. VI a.C. provocó ciertamente uno de los conflictos bélicos más famosos de la Antigüedad clásica, al que desgraciadamente, se le ha dado a veces significados notablemente exagerados como punto clave de la historia de la civilización occidental. Las Guerras Médicas, como ya hemos dicho, no tuvieron seguramente consecuencias destacadas en la evolución de las *poleis* arcaicas de la Grecia continental, más allá de una posible aceleración de procesos ya iniciados, como el de la expansión ateniense hacia el N. del Egeo. En cambio, e incluso en el estado deficitario actual de nuestros conocimientos, es evidente que las ciudades grecoorientales experimentaron cambios importantes en su desarrollo posterior a la conquista persa y que la presencia de las satrapías de Anatolia e incluso de inmigrantes persas y sus implicaciones debe considerarse atentamente al estudiar la Grecia Oriental a partir de mediados del s. VI a.C.

Y en este campo como en otros muchos de la Grecia clásica es importante recordar lo que hace ya algunos años escribía S.C. Humphreys (1967, p. 403):

«La tradicional idealización del arte griego y la tradicional primacía de la historia política y militar están sobre todo enraizadas en la Grecia clásica... La colaboración entre los historiadores y los arqueólogos ha tenido más éxito en el estudio de otros períodos... Donde hay menos evidencia de las fuentes literarias ha habido más estímulo para intentar reconstruir la historia desde la evidencia arqueológica. Pero podemos descubrir más sobre las potencialidades y limitaciones de la evidencia arqueológica explorando períodos en los que la evidencia de otros tipos permite la contrastación. Ya no podemos contentarnos con la historia que nos habla del imperialismo ateniense sólo desde el punto de ateniense, de los griegos pero no de los bárbaros...»



Zeus en actitud de lanzar el rayo
(Hacia 470-460 a.C.)
Museo de Olimpia

Bibliografía

Akurgal, E.: «The Early Period and the Golden Age of Ionia», *AJA* 66, pp. 369-79 (láms. 96-103), 1962.

Andrewes, A.: *The Greek Tyrants*. Londres, 1974.

Barnett, R.D.: «Phrygia and the peoples of Anatolia in the Iron Age», *CAH*, II, 2, pp. 417 ss., 1975.

Barron, J.P.: «The Sixth-Century Tyranny at Samos», *CQ* n.s. 14, pp. 35-48, 1964.

Bengtson, H.G.: *Griechen und Perser. Die Mittelmeerwelt im Altertum I*, Frankfurt (hay traducción española ed. Siglo XXI, Madrid, 1972), 1965.

Boardman, J.: *The Greek Overseas*. Londres (hay traducción española en Alianza Ed.), 1980.

Boersma, J.S.: *Athenian Building Policy from 561/0 to 405/4 B.C.* Groningen, 1970.

Brunt, P.A.: «The Hellenic League against Persia», *Historia* 2, pp. 135-163, 1953.

Burn, A.R.: *Persia and the Greeks: the defence of the West, c. 546-478 B.C.* Londres, 1962.

Coldstream, J.N.: *Geometric Greece*. Londres, 1977.

«The Meaning of the Regional Styles in the Eighth Century B.C.» en R. Hägg (ed). *The Greek Renaissance of the Eighth Century B.C.: Tradition and Innovation*. Estocolmo, 1983.

Cook, J.M.: «Excavations at Old Smyrna», *JHS* 67-73, 1947, 1950, 1951, 1952 y 1953.

«Old-Smyrna: 1948-1951», *BSA*, 53-54,

pp. 1-34, 1958-59.

«The problem of Classical Ionia», *PCPS* 7, pp. 9-18, 1961.

The Greeks in Ionia and the East. Londres, 1962.

«Greek Settlement in the Eastern Aegean and Asia Minor», *CAH* II, 2, pp. 773-804, 1975.

«East Greece», *CAH* III, 1, pp. 745-753, 1982.

«The eastern Greeks», *CAH* III, 3, pp. 196-221, 1982 b.

Dascalakis, A.: *Problèmes historiques autour de la bataille des Thermopyles*. Paris, 1962.

Drögemüller, H.P.: «Zur Topographie und Geschichte einer griechischen Stadt», *Gymnasium* 6, 1969.

Eisenstad, S.N.: «Observations and Queries about sociological aspects of imperialism in the Ancient World», *Mesopotamia* 7, pp. 21 ss., 1979.

Ekholm, K. y Friedman, J.: «Capital Imperialism and exploitation in ancient World Systems», *Mesopotamia* 7, pp. 41 ss., 1979.

Evans, J.A.S.: «Herodotus and the Ionian Revolt», *Historia* 25, pp. 31-7, 1976.

Finley, M.I.: *Ancient Sicily to the Arab Conquest*, Londres, 1968.

Gardiner, P.: «The coinage of the Ionian Revolt», *JHS* 21, pp. 151 ss., 1911.

Glötz, G.: *La Grèce au V siècle*, Paris, 1948.

Grant, J.R.: «Leonidas Last Stand», *Phoenix* 15, pp. 14-27, 1961.

Guratzsch, C.: «Der Sieger von Salamis», *Klio* 39, pp. 48-65, 1961.

- Hägg, R.** (ed.). *The Greek Renaissance of the Eighth Century B.C.*, 1983.
- Hanftmann, G.M.A.**: «Ionia: Leader or Follower?», *HSCP* 61, pp. 1-37, 1953.
- Hignett, C.**: *Xerxes' Invasion of Greece*, Oxford, 1963.
- Hogart, D.G.**: «Lydia and Ionia», *CAH* III, pp. 514 ss., 1925.
- Hölscher, T.**: *Griechische Historienbilder des 5. und 4. Jahrhunderts v. Chr.*, Würzburg, 1973.
- Hornblower, S.**: *The Greek World 479-323 B.C.* Londres (hay traducción española Ed. Crítica), 1983.
- Humphreys, S.C.**: «Archaeology and the social and economic history of the classical Greece», *PP*, CXVI, pp. 374-400, 1967.
- Huxley, G.L.**: *The Early Ionians*, Londres, 1966.
- Jeffery, L.H.**: *Archaic Greece: The City States c. 700-500 B.C.* Londres, 1976.
- Kleiner, G.**: *Alt-Milet*, Wiesbaden, 1966.
- Kleiner, G. y otros**: *Panionion und Melie*, Berlín, 1967.
- Lazenby, J.F.**: «The Strategy of the Greeks in the Opening Campaign of the Persian War», *Hermes* 92, pp. 264-284, 1964.
- Loraux, N.**: «Mourir devant Troie, tomber pour Athènes: de la gloire du héros à l'idée de la cité» en *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*, París, 1982.
- Meiggs, R. y Lewis, D.M.**: «A Selection of Greek Historical Inscriptions to the End of the Fifth Century B.C.» *GHI*, Oxford, 1969.
- Murray, O.**: *Early Greece*, Hassocks, Sussex (hay traducción española Ed. Taurus), 1980.
- Mylonas, G.E.**: *Eleusis and the Eleusinian Mysteries*, Princeton, 1961.
- Nenci, G.**: *Introduzione alle guerre persiane e altri saggi di storia antica*, Pisa, pp. 13-191, 1958.
- Nenci, G.**: «La monetazione della rivolta ionica nei suoi aspetti economici e politici» en *Stud. Fanfani*, Milán, pp. 71 ss., 1962.
- Nicholls, R.V.**: «Old Smyrna; the Iron Age fortifications and associated remains on the city perimeter», *BSA* 53/4 pp. 35-137, 1958/9.
- Nylander, C.**: «Achaemenid Imperial Art», *Mesopotamia* 7, pp. 345 ss., 1979.
- Polignac, F. de**: *La naissance de la cité grecque*, París, 1984.
- Pritchett, W.K.**: «New Light on Thermopylae», *AJA* 72, pp. 203-213, 1958.
- «Towards a Restudy of the Battle of Salamis», *AJA* 73, pp. 251-262, 1959.
- «Marathon», *Univ. California Publ. Class. Arch.* 42, pp. 137-190, 1960.
- Radt, W.**: *Siedlungen und Bauten auf der Halbinsel von Halikarnassos*, Tübingen, 1970.
- Roebuck, C.**: «The Economic Development of Ionia», *CP* 48, pp. 9-16, 1953.
- Sakellariou, M.B.**: *La Migration grecque en Ionie*, Atenas, 1958.
- Sealey, R.**: *A History of the Greek City-States ca. 700-338 B.C.* University of California Press, 1976.
- Snodgrass, A.M.**: *Archaic Greece. The Age of Experiment*, Londres, 1980.
- Will, E.**: *Le Monde Grec et L'Orient. Le V siècle*. París, 1972.
- Young, Gordon**. *Guide to excavation and museum*, 1975.